# Agroecología: otra mirada. Críticas, ideas y aproximaciones

*Autores*
Leyson Jimmy Lugo Perea
Luz Helena Rodríguez Rodríguez
Norma Luz García García

Colectivo de Pensamiento Agroecológico

Instituto de Educación a Distancia -IDEAD
Departamento de Estudios Interdisciplinarios
Grupo de Investigación en Currículo, Universidad y Sociedad
Grupo de Investigación Naturaleza, Ambiente y Pedagogía
2017

Lugo Perea, Leyson Jimmy
Agroecología : otra mirada. Criticas, ideas y aproximaciones / Leyson Jimmy Lugo Perea, Luz Helena Rodríguez Rodríguez, Norma Luz García García. -- Ibagué : Universidad del Tolima, 2016.
134 p. : il., mapas
Contenido: Otra forma de entender la agroecología. – Hallazgos y relatos agroecológicos. -- Espacios vitales y otras texturas agroecológicas.

Incluye bibliografía
ISBN: 978-958-8932-26-2

1. Ecología agrícola 2. Medio ambiente 3. Ecología I. Título II. Rodríguez Rodríguez, Luz Helena III. García García, Norma Luz

**577.55**
**L951a**

© Sello Editorial Universidad del Tolima, 2017
© Leyson Jimmy Lugo Perea, Luz Helena Rodríguez, Norma Luz García García

Primera edición: 300 ejemplares
ISBN: 978-958-8932-26-2
Número de páginas: 134
Ibagué-Tolima

IDEAD- Instituto de Educación a Distancia

Agroecología: otra mirada. Criticas, ideas y aproximaciones

publicaciones@ut.edu.co
lrodriguez@ut.edu.co

Impresión, diseño y diagramación: León Gráficas Ltda.

Todos los derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio, sin permiso expreso del autor.

# Contenido

Presentación .....9
Introducción .....15

**CAPÍTULO UNO**

**Otra forma de entender la Agroecología .....23**
1. Re-surgimiento de nuevos enfoques científicos posnormales .....25
2. Breve (muy breve) reflexión sobre modernidad y posmodernidad .....31
3. ¿Qué es la Agroecología? .....37
4. Geo-grafía y Geo-poética .....49
5. El agroecosistema como forma de habitar poéticamente .....53
6. Saber local: filamento de un lenguaje natural y complejo .....65
7. Consideraciones finales .....71

**CAPÍTULO DOS**

**Hallazgos y relatos agroecológicos .....77**
8. Corregimiento Coello-Cócora, vereda Los Pastos, municipio de Cajamarca, Tolima .....83
8.1. Finca La Esterlina .....83
8.2. Finca Moscú .....87
8.3. Finca el Agrado .....89
9. Corregimiento El Convenio, vereda El Silencio, municipio de Líbano, Tolima .....95

9.1. Finca Evenecer ..... 95
10. Consideraciones finales ..... 101

**CAPÍTULO TRES**

**Espacios vitales y otras texturas agroecológicas..... 105**
1. Cuéntamelo en la huerta…..... 116
2. Juntos haciendo sombra..... 116
3. Nieto y cosecha, frutos de la existencia ..... 116
4. Descubriendo un pequeño mundo..... 117
5. Acelga mirando el tronco ..... 117
6. Otros agroecosistemas ..... 117
7. Lloran los ranchos solitarios ..... 118
8. Por un camino de herradura yo crecí ..... 118
9. El cuadro de una mujer campesina ..... 118
10. …y los días pasan junto a la tibieza de la hornilla ... 119
11. Revolcando la vida ..... 119
12. Racimo y pala, mancha y plátano ..... 119
1.3 Contando las hojas enfermas ..... 120

Bibliografía..... 121

Anexo 1. Ubicación y localización geográfica de los territorios recorridos durante la investigación ..... 129

*Los autores agradecen y dedican este libro a los campesinos, por abrirnos las puertas de sus pequeños mundos agri-culturales y enseñarnos otras agroecologías posibles...*

# Presentación

Este libro recoge parte de los resultados de la investigación titulada *Otras agroecologías: lugares, tensiones y emergencias naturales*, realizada por los grupos de investigación Naturaleza, Ambiente y Pedagogía del Instituto de Educación a Distancia – IDEAD y Currículo, Universidad y Sociedad de la Facultad de Ciencias de la Educación de la Universidad del Tolima; en la que quisimos saber ¿qué es la Agroecología, sus lugares, sus tensiones, sus emergencias naturales en mundos campesinos que la crean y la re-crean sin saber de ella? por lo que hablar de Agroecología es hablar de un modo de ser, hacer y conocer campesino, pues está implícita en sus narrativas, sus cotidianidades, visible en sus inscripciones sobre la tierra en forma de cultivos, en las configuraciones de esos lugares de existencia a los que llamamos fincas, pero que para ellos son mundos de sentido, de vida, *patrias culturales*. Esta investigación nos exigió irnos a campo a buscar la Agroecología, con la curiosidad de querer descubrirla y re-descubrirla en esos mundos campesinos en los cuales un método indefinido fue definiéndose, a medida que escuchábamos las voces que nos narraron sus visiones de mundo donde la Agroecología es su principal fundamento.

Decimos que ese método fue definiéndose en el sentido que fuimos entendiendo las pluri-realidades campesinas mediante entrevistas a profundidad, en las cuales emergieron narraciones que fueron entramando una forma de acercarnos a esas pluri-realidades, y ver a la Agroecología implícita en una constelación de agroecosistemas que van desde un trasto desvencijado hasta otras formas de agricultura más elaborada, como una huerta o un cultivo diversificado. Esto nos llevó a incorporar dentro de nuestro «método de investigación» los registros fotográficos para capturar un conjunto de imágenes que dieran cuenta de la Agroecología en clave de agroecosistemas, como acabamos de describir, pero también en cotidianidades o situaciones que ayudarían a entender a la Agroecología como forma de ser, hacer y conocer campesino.

Como bien pudo percibirlo el lector, el encierro entre comillas del «método de investigación» se constituye en una advertencia, una pausa, un detenimiento, un ruido que convida a la reflexión y a la precaución, pues hablar de «método de investigación» es un anacronismo, una imprecisión en investigaciones como esta, que exigen una transgresión a la linealidad y los estándares, a la rigurosidad de la lógica, al reduccionismo y la estrechez del experimento. ¿Acaso desde el «método científico» es posible entender —nuevamente— a la Agroecología, sus lugares, sus tensiones, sus emergencias naturales en mundos culturales que la crean y la re-crean como una forma de ser, hacer y conocer campesino? Creemos que no, pues la Agroecología que mostramos en este libro emerge como un estilo de vida de hombres y mujeres campesinos que configuran sus mundos culturales bajo los principios del cuidado, el respeto y el amor por la vida, y su comprensión, sin duda, trasciende los límites y las restriccio-

nes del «método científico» que pondera, casi en exclusiva, lo que se ajuste a un diseño «riguroso» y «objetivo».

De esta manera, más allá de abordar un «método científico», se formuló la pregunta de investigación ya mencionada: ¿qué es la Agroecología, sus lugares, sus tensiones, sus emergencias naturales en mundos campesinos que la crean y la re-crean? Esto nos llevó a buscar respuestas mediante tres vías distintas: 1) una mirada crítica a la Agroecología que hemos denominado occidental, en la que muchos Agroecólogos hemos sido formados; 2) visitas y recorridos en fincas o mundos culturales donde la Agroecología se constituye en un estilo de vida familiar[1]; y 3) la fotografía como una forma sensible de capturar agroecosistemas que estetizan los mundos culturales. Así, más allá de establecer un «método lógico», quisimos dirigir la investigación a través de la pregunta, en razón a que es esta y no el «método científico» la que permite descubrir y comprender, en este caso, las plurirealidades que se configuran desde la Agroecología. Sobre esto, Packer (2013) señala que los investigadores deben diseñar un estudio para contestar la pregunta que crean importante, no acomodar la pregunta a un diseño conveniente o popular. De acuerdo estaríamos con quienes dijeran, si se quiere, que esta investigación se aproxima a un tipo de investigación cualitativa de corte etnográfico; sin embargo, —agregaríamos— una aproximación con enfoque decolonial, como se indicará más adelante.

Abordar este tipo de "enfoque de investigación" no resulta fácil, si se tiene en cuenta que en algunos escenarios continúan vigentes los enfoques científicos tradicionales,

1 En el Anexo 1 se muestran la localización y ubicación geográfica de los territorios en donde se encuentran las fincas visitadas para este estudio.

que consideran a la realidad como «una realidad totalmente hecha, acabada y plenamente externa y objetiva» (Martinez, 2000, pág. 14), que debe ser explicada desde orientaciones positivistas. La hegemonía de estos enfoques ha llevado, por un lado, a constituirse en el único «recurso metodológico» válido y aceptable para comprender la (s) realidad (es) y, por el otro, a subvalorar otras formas de interpretar las múltiples realidades como, por ejemplo, la que se expone a lo largo de este libro. Lo anterior es ampliamente ratificado por algunos organismos públicos y privados que financian y promueven la investigación, así como universidades y centros de investigación que apuestan por estos métodos dada su «validez y confiabilidad». Sin embargo, aún con lo anterior, se han hecho avances importantes en cuanto al abordaje de otros métodos, otras epistemes, que transgreden a la herética moderna que ve y comprende al mundo, la vida, las multi-realidades de forma controlada y mecánica.

Ejemplo de lo anterior son los estudios decoloniales realizados desde el Gran Sur —pero no circunscrito a él—, por iniciativa de académicos e investigadores que han cuestionado, entre otros aspectos, la colonización del saber por parte de occidente, en el exitoso propósito de universalizar su forma hegemónica de comprender y actuar sobre el mundo y la vida. Estos estudios, además de cuestionar la tradicionalidad de las ciencias sociales y naturales de occidente, han retomado el pensamiento crítico e intelectual de ese Gran Sur, para fundar una teoría crítica contemporánea de la sociedad emancipada de la visión universal occidental, que permitan conocer los Mundos-Otros, como diría Escobar (2015), que fueron relegados por el Mundo-Uno eurocentrista. En cuanto a Agroecología se refiere, recientemente algunos académicos e investigadores, entre ellos Arturo Escobar,

Omar Felipe Giraldo, Carmen Cecilia Giraldo, Enrique Leff y muchos otros más —así como numerosas organizaciones y movimientos sociales—, algunos de ellos, inscritos en los estudios decoloniales, han empezado a comprender la Agroecología desde los costados, ya que, como ciencia, ha sido ampliamente colonizada por la episteme moderna occidental. Bajo esta misma mirada, este libro pretende mostrar esas otras Agroecologías ubicadas en las márgenes, los bordes, las orillas adonde la episteme moderna las desplaza, buscando las fisuras y los huecos que deja esa «occidentalización» de la Agroecología, para entenderla no solo como una ciencia, sino también como un estilo de vida y un movimiento social que bebe de las perspectivas, la intelectualidad y el pensamiento ambiental del Gran Sur.

En tal sentido, el libro se divide en tres capítulos mediante los cuales pretendemos mostrar a la Agroecología por fuera de la rigurosidad científica moderna, así: el primer capítulo lo hemos llamado *Otra forma de entender a la Agroecología*, en donde se le concibe como una ciencia posnormal con un enfoque pluri-epistemológico, y al agroecosistema como una forma de habitar la naturaleza y de dejarse habitar por ella. Allí intentamos debatir algunos enfoques que *occidentalizan* a la Agroecología, y proponemos otros que la ubican por fuera de la episteme moderna. En el segundo capítulo, denominado *hallazgos y relatos agroecológicos*, intentamos mostrar la forma como el campesino se interrelaciona con la naturaleza, así como la construcción de diferentes agroecosistemas mediante los cuales resuelve su existencia. El último capítulo, *espacios vitales y otras texturas agroecológicas*, es un mosaico de fotografías con las que, esperamos, el lector podrá desentrañar la Agroecología implícita en ellas, valiéndose de un pie de foto que será como un susurro que

pronuncia al oído un acercamiento a estas pluri-realidades agroecológicas. También funcionará como una llave parar abrir la puerta de entrada a los mundos campesinos configurados por la sensibilidad agroecológica que tanto urge el planeta y la humanidad.

# Introducción

El proyecto narcisista e hiperconsumista de la humanidad —o una parte de ella— no da señales claras de querer transformarse, por el contrario, se mantiene arraigado a una lógica voraz e insensible que le permite inventar y satisfacer necesidades artificiales —cada vez más generalizadas—, sin importar sus efectos perversos y corrosivos. Nada parece importar. Lo bello y lo sensible está separado por una fuerza que se mueve bajo los imperativos de una cultura avasalladora, que poca atención ha prestado a posturas de otras visiones que interrogan eso que funciona mal y que mal se mantiene. Una cultura que se ha inscrito en un supuesto orden global, cuyos imperativos han arrasado con las emergencias y las dinámicas locales que nos dotaban de significado y nos recordaban nuestro origen. Cada vez nos olvidamos de nosotros y de los Otros. Con dificultad recordamos un origen y con gratitud aceptamos un destino incierto, enmarcado en una dimensión global ampliamente limitada y delimitada por la episteme moderna. Como bien señaló alguna vez Edgar Morin: la modernidad generó en el hombre una metástasis del ego, que lo llevó a desprenderse de sí, a *dejar de ser* en lo local para *empezar a ser* en lo global, hasta convertirse en un

"ciudadano del mundo", imbuido, por cierto, en la inmediatez, la instantaneidad y la velocidad —como bien lo explica Zygmunt Bauman (2003)— hasta llevarnos a una nueva forma de esclavitud, de sometimiento y de conversión en una pieza más de un engranaje mecánico que agrada, asusta y preocupa.

No se pueden negar las bondades que ofrece este mundo que hemos creado —en función de las ideas de progreso y bienestar—, pero tampoco se pueden desconocer las fallas que persisten y el poco esfuerzo que se ha hecho para corregirlas, más aún si se tiene en cuenta que "lo más singular que tiene la versión moderna del progreso es que sus maravillas están en las vitrinas y sus horrores están en la trastienda" (Ospina, 2014, pág. 1). Fallas —y horrores— que fácilmente vislumbran la llegada a un punto de no retorno. Un mundo de contrasentidos al que actualmente se le conoce como mundo moderno, edificado sobre una fragilidad que tambalea, que representa la propia fragilidad humana. Edey y Johanson (1990) se preguntaron alguna vez por qué continuamos cometiendo errores estúpidos, errores letales, aun cuando nos damos cuenta de ellos. Creen que es porque en el fondo somos todavía seres primitivos que evolucionamos más despacio que nuestra cultura, en un planeta que hemos ocupado hace apenas unos segundos, tiempo suficiente para generar la técnica que apartó al hombre y a la mujer del mundo y de ellos mismos, y que hoy nos tiene al borde del precipicio, aun con la solución en las manos. Como bien dijo William Ospina (2014, pág. 1): «esta nave espacial, el planeta, siempre estuvo expuesta al peligro de un cataclismo cósmico, pero ahora ese accidente podría ocurrir como consecuencia de nuestra presencia y de nuestro saber». Cínicamente ha habido una resistencia para renunciar a los satisfactores del

ego —o a pensar en otros más justos y equitativos con la humanidad y el planeta—, así como a volver al asombro y el misticismo que mantenía encantada a la humanidad con el mundo, con la madre naturaleza —o madrastra en algunos casos, como dice Morin—, donde no existía diferencia ni relación de dominio entre los humanos y los no humanos.

Hemos llegado a un punto en el que ni siquiera sabemos si *somos* o simplemente *existimos*. Cada vez resulta más difícil saber *qué somos*, simplemente porque el hechizo de la modernidad obliga a nacer con un rótulo que nos identifica como una mercancía más, que sirve de materia prima para sostener una lógica salvaje, en la que escasamente logramos mantenernos vivos y —relativamente— felices. Resulta más fácil saber —¿o adivinar?— para qué o para quién existimos. *No ser* facilita *existir* para un imperativo rimbombante y entretenedor, que nos hizo renunciar a ese ser para dedicarnos a ese existir. Pessoa, en un bello poema, se pregunta *¿quién me salvara de existir?* Pues *vivir* —dice— *después de todo, no es tan fundamental, lo importante es que alguien debidamente autorizado certifique que uno probadamente existe*. ¿En qué momento, entonces, autorizamos a quien para que autorice nuestra existencia? ¿Desde cuándo necesitamos que algo o alguien pruebe que existimos? Esta esquizofrenia cultural de Occidente que padecemos, como lo dijo Ángel Maya (2001), ha obligado a pensar que si no tenemos no somos ni existimos.

¿De qué somos dueños? o, mejor aún, ¿desde cuándo nos hemos sentido dueños de qué? Si es que nada es nuestro, todo lo hemos tomado prestado de un orden natural que irresponsablemente ha sido alterado por nuestro capricho. Poco a poco nos hemos convertido en un objeto que Gaia —la forma enigmática de llamar a ese organismo vivo que

bien explicó Loveloock (2006), y del que creemos ser sus poseedores— ha empezado a detectar como extraño, sin nicho, y —con justa razón— ha venido manifestándose contra «su dueño», para depurarlo de su sistema y auto-renovarse. Gaia no ha hecho más que dar alertas y señales para demostrar que el modelo hiperconsumista tiene baches profundos y consecuencias peligrosas, que están llevando a la especie humana y no humana por la senda del exterminio. Pero también da señales que pueden ser reinterpretadas como una oportunidad para poner freno al modo insaciable de hiperconsumo. Por ejemplo, hace poco, un grupo de científicos confirmaron la detención de la tendencia negativa en el deterioro de la capa de ozono, hasta mantenerse estable los últimos años, pues es un proceso lento que requerirá un tiempo considerable. Esto debe considerarse como un llamado urgente que hace Gaia a la humanidad para realizar una transformación a su forma de vivir. Un llamado también para que la ética —de la mano con lo espiritual y lo estético—, permee las dimensiones económica, política, socio-cultural, e incluso ecológica, que han llevado a la humanidad a la esquizofrenia y la inconsciencia.

Quizá esto último sea una de las diversas formas de empezar a dar el salto hacia la sustentabilidad que tanto reclaman la academia y los saberes insurrectos —a decir de Foucault (2000) —, pero que poco ha permeado los discursos que sostienen el proyecto narcisista e hiperconsumista actual. Proyecto escondido bajo esa máscara llamada *desarrollo sostenible* —discurso hegemónico ampliamente difundido en la década de los setenta por la comisión Bruntland, como una promesa que garantizaría el saqueo de la naturaleza sin agotarla, para que, supuestamente, las generaciones futuras lograran satisfacer unas necesidades que ni siquiera conocemos ni imaginamos—. El poderoso discurso del desa-

rrollo sostenible motivó la configuración de una arquitectura institucional fuerte y sólida, y creó evangelizadores que la hicieron ver con optimismo en todo el planeta, hasta el punto de instalar libretos que desde entonces se han venido repitiendo sin fundamento pero con convicción, desde escuelas de primaria hasta las grandes multinacionales, pasando por universidades, centros de investigación y el mismo Estado, su más importante instrumentador. ¿Cómo explicar, desde la perspectiva del *desarrollo sostenible*, el acontecimiento de problemas ambientales globales, regionales y locales, y la prevalencia de la exclusión social y económica visualizada en los millones de personas sumergidas en la pobreza en todos sus niveles? ¿Acaso es sostenible un desarrollo que confunde a la naturaleza con un bien mercantil, y a sus ciclos y flujos con un servicio que se monetariza? Interrogantes como estos han llevado a desdibujar este discurso hegemónico, y a plantear uno contra-hegemónico en clave de crisis de civilización o de conocimiento —como plantea Leff (2010)—, cuyos supuestos civilizatorios —optimismo tecnológico, visión cartesiana de la naturaleza, crecimiento económico, entre otros—, son el reflejo de la crisis ambiental en la que se encuentra la humanidad de la mano con el planeta.

La crisis ambiental contemporánea, explican Nieto, Valencia y Giraldo (2013), «es un problema de la civilización actual en su aspecto cultural, social, político, filosófico, ético, científico, técnico y económico» (p. 206), y agregan: que «una sociedad cuyo único criterio de racionalidad es la tasa de ganancia, el crecimiento económico y la valorización de capital, lo que posibilita es la destrucción de la naturaleza como cuerpo inorgánico (...)» (p. 3), pues la visión antropocentrista de la naturaleza llevó a creer que esta debería serle útil al hombre para culminar su idea moderna

de progreso y bienestar. Una evidencia de la destrucción de la naturaleza como cuerpo inorgánico se encuentra visible en el fracaso de la revolución verde como opción tecnológica para optimizar el rendimiento agrícola y pecuario, bajo el pretexto —perverso— de pretender aumentar la producción y solucionar así el problema —político— del hambre en el mundo. Frente a estas expresiones de la crisis ambiental como crisis del conocimiento, han emergido propuestas que no solo cuestionan el modelo civilizatorio, sino que plantean alternativas para contrarrestar sus efectos y, si se quiere, transformarlo en formas coherentes con la complejidad del planeta.

Una de estas alternativas es, sin duda, la Agroecología, sobre la cual hay consenso para ser considerada como un paradigma apartado de la episteme moderna, enraizada en la localidad pero con amplia incidencia en la globalidad. La Agroecología es entendida como ciencia, como estilo de vida y como movimiento social. Como ciencia emerge para cuestionar la visión instrumental que fundó la episteme moderna para racionalizar la vida; como estilo de vida entendiéndose que ha sido practicada milenariamente por comunidades de base que estetizan su existencia mediante una interrelación armónica con la naturaleza, y acumulan saberes y tradiciones que explican el mundo y proponen otras formas de vivir; y como movimiento social que ha cuestionado el control hegemónico de la vida; la intoxicación del planeta mediante agriculturas que responden a lógicas neoliberales; la negación del modo de ser campesino, indígena y afrodescendiente, de sus conocimientos, sus narraciones, su tradicionalidad, sus prácticas y sus formas enigmáticas de comprender sus propios mundos; las decisiones políticas que encajan en el lenguaje de la globalidad

pero desencajan en la sensibilidad de lo local, agrediéndola, distorsionándola, disolviéndola para dar cabida a los imperativos de la episteme moderna; entre muchos otros aspectos.

Podríamos decir que la Agroecología como ciencia es una ciencia en ajustes y des-ajustes, por un lado, por la indefinición e imprecisión de su objeto de estudio —como indicaremos más adelante—, y por el otro, por la ubicación en la episteme moderna en la que muchos académicos e investigadores la han puesto, conllevando a su *occidentalización*, tal como se evidencia en los numerosos estudios agroecológicos fundamentados en la visión de la ciencia normal. No queremos decir que esto sea un desacierto, pues bien sabemos la importancia de la rigurosidad científica para aportar soluciones a la crisis *civilizatoria* que desde él se ha creado. Sin embargo, consideramos que la Agroecología es una ciencia posnormal que debe ser apartada de la episteme moderna y ubicada en la pluri-episteme posmoderna, en la que confluyen los saberes locales y científicos para imaginar y hacer posibles aquellos mundos culturales que, de hecho, ya son posibles.

Si reconocemos que la Agroecología emerge de los saberes locales acumulados milenariamente, debemos reconocer también esta re-ubicación a la que nos referiremos a lo largo de esta obra, en la que pretendemos mostrar una forma más o menos diferente de entender la Agroecología —o, si se quiere, las Agroecologías—, descubierta y re-descubierta en diferentes mundos campesinos donde emerge y converge naturalmente. De esta manera, esperamos que este libro sea una contribución a ese pensamiento agroecológico que se nutre en el Gran Sur, al margen del logocentrismo lineal, la razón instrumental, el eurocentrismo que, desde la visión

dualista, controla y domina la naturaleza bajo la lógica de la separación, mediante una episteme que reduce al mundo y la vida a simples variables que se controlan desde la rigidez del pensamiento científico tradicional.

CAPÍTULO

# UNO

# Otra forma de entender la Agroecología

# 1. Re-surgimiento de nuevos enfoques científicos posnormales

*En las noches soy un fantasma que duerme en el candelabro, arrullado por una mano que escribe entre las sombras, el silencio y la ausencia...*
*En los días soy lo que esa mano escribe:*
*letras mustias que se esconden en los cuartos fríos de una mente impía, por temor a convertirse en verso de un poeta que habita en las tinieblas del olvido...*

*(Jimmy Lugo)*

Son muchos los enfoques, las visiones, las perspectivas e incluso las ciencias que, amparadas en el discurso contra-hegemónico, han emergido para evidenciar el fracaso del actual modelo de desarrollo [in] sostenible, y proponer alternativas con acento en la justicia social y ambiental. Parte de estas nuevas concepciones tienen fundamento en los saberes que fueron relegados por el método analítico y sintético heredado de la modernidad cartesiana, pero que supieron resistir a sus embates y emergieron del respeto, la admiración y el misticismo por la naturaleza. Hace algunas décadas estos discursos contra-hegemónicos han venido cobrando fuerza

en Latinoamérica y en otras regiones similares en el planeta, como África, por ejemplo, golpeados por el desarrollo sostenible y la modernidad en toda su magnitud. Algunos pensadores como Leff, Ángel Maya, Noguera, lo llaman pensamiento ambiental Latinoamericano. Otros, como Boaventura de Sousa Santos, lo denominan Epistemologías del Sur. Las tribus quechua y aymara —entre otras—, proponen el buen vivir (*sumak kawsay*) o vivir bien (*suma qamañaen*) respectivamente, fundado en sus visiones de mundo para proponer una interrelación con la naturaleza desde una nueva perspectiva ética, filosófica y política. Se podría decir entonces que estos discursos —en permanente construcción—, se proponen rescatar y re-valorar esos saberes escondidos que "en cierto modo se dejaron en suspenso, cuando no fueron efectiva y explícitamente mantenidos a raya", como lo plantea Foucault. (2000, pág. 21).

El logocentrismo lineal ha negado esos saberes locales que milenariamente han atesorado las culturas campesinas, indígenas y afrodescendientes; y la razón instrumental ha hecho un esfuerzo importante para ocultarlos o marginarlos, mediante el uso excesivo de su método científico. Sin embargo, no pueden negar las visiones de mundo que están re-emergiendo desde esos saberes locales, y su ratificación como epistemes que complementan las pluri-epistemes para la incubación —o la transformación— de nuevas ciencias, consideradas pos-normales dado el divorcio con el reduccionismo, y el abordaje de la complejidad que tanto oscureció la visión cartesiana en su exitoso intento de calcular y medir la naturaleza. Estas nuevas ciencias han tenido una acogida importante en las «academias del sur», desde donde se han robustecido a partir de la valoración del contexto en que han emergido, conservando, si se quiere, la objetividad hereda-

da del cartesianismo, pero resaltando la importancia de la subjetividad —o el observador humano[2] que señala Fritjof Capra (2002) —, pues hay consenso en que el mundo no puede ser comprendido excluyendo su dimensión subjetiva. Ni siquiera las ciencias atomistas pueden hacerlo. Hay quienes sostienen que no hay nada más subjetivo que la objetividad y más objetivo que la subjetividad.

¿Cuáles son esas ciencias que han emergido desde los saberes locales y las visiones de mundo opuestas a la modernidad cartesiana? Sin duda la Agroecología es una de ellas. Surgió, en principio, como una forma de cuestionar los efectos que ha provocado el discurso del desarrollo sostenible en clave de revolución verde al alterar lo ecosistémico y degradar la cultura campesina, indígena y afrodescendiente. En este punto estamos de acuerdo con León (2009), cuando plantea que "la Agroecología emerge justo en el momento en que las sociedades altamente industrializadas creían haber resuelto los problemas de producción masiva de alimentos sin comprometer su estabilidad ecosistémica (p. 15)". Esta ciencia va más allá de lo que la palabra yuxtapuesta sugiere, y se ha convertido en punto de convergencia entre la academia y las bases sociales, hasta llegar a ocupar un lugar importante a escala planetaria, al cuestionar la racionalidad de otras ciencias como las agronómicas y económicas, y promover transformaciones importantes que se han hecho evidentes en los últimos tiempos[3]. Hay quienes consideran que la

2 Ese humano que no solo observa sino que también hace parte de la realidad (naturaleza).

3 Giraldo y Rosset (2016), indican que actualmente «asistimos a una disputa entre dos formas radicalmente distintas de concebir la Agroecología, una, estrechamente técnica, cientificista e institucional, y la otra, la de los pueblos, profundamente política que aboga por la justicia distributiva y el replanteamiento total del sistema alimentario» (p.17).

Agroecología fue re-descubierta en las cotidianidades de los sujetos sociales que milenariamente la han practicado, y fue inscrita gradualmente como enfoque científico pluri-epistemológico —perspectiva ampliamente compartida por los autores de este libro—. De cualquier modo, en la actualidad se reconoce como una ciencia que cuestiona rebeldemente esa apropiación industrial de la naturaleza, y se mantiene como práctica que imita el equilibrio natural para configurar mundos culturales incomprendidos y subvalorados. Esta práctica es fácilmente reconocible en las diferentes agroecologías que ocurren en el amplio universo de mundos campesinos, indígenas y afrodescendientes, y pone en evidencia cómo desde la Agroecología se critican "los fenómenos de dependencia del poder transnacional (...)" (León, 2009, pág. 12) que controla la vida.

Se podría pensar —con la precaución de no caer en idealismos entusiastas—, que la Agroecología se ha convertido en una importante vía para transformar la actual apropiación de la naturaleza inscrita en una lógica neoliberal, ya que pese a ser considerada una «ciencia joven», ha tenido un admirable avance teórico, metodológico y epistemológico que permite nuevas miradas e interpretaciones a las distintas realidades socioculturales, y a poner en cuestión el proyecto narcisista e hiperconsumista en el que se ha inscrito la humanidad. Su episteme —o pluri-epistemes: saberes locales, científicos, incertidumbre, complejidad— cuestiona las visiones reducidas del mundo, y resalta lo bello y lo sensible para volver a ser naturaleza. Rechaza las ideas de progreso y bienestar sustentadas en un modelo —discurso— de desarrollo excluyente y avasallador basado en la renta y el mercado —que ha llevado al mal-desarrollo, según la óptica del buen vivir o vivir bien—, y propone revisar a profundidad las

agroecologías que perviven en los mundos campesinos, indígenas y afrodescendientes, para acercarnos al misterio y el re-encantamiento de la naturaleza; pues, como bien puede comprenderse desde la Agroecología, nuestra especie no es más que un filamento de esa trama de la vida que bien describe, nuevamente, Capra. Desde la Agroecología se entiende que la sustentabilidad —ese argumento al que apelamos con afán para sustituir el imperativo «sostenible»—, solo tendrá valor y sentido cuando la ciencia encuentre su lugar en ella, y la complejidad sea la única lente para ver el mundo en su totalidad y comprender sus asuntos urgentes.

Proponemos volver a la Agroecología —para aportar en esos asuntos urgentes— en dos sentidos: uno como práctica conservada milenariamente por sociedades tradicionales que resistieron, como dijimos antes, a la violenta presión del paradigma científico, y atesoraron un conocimiento que ofrece aportes valiosos para transformar las interrelaciones con la naturaleza. Dos, como una ciencia posnormal que propone comprender la complejidad de la vida y del planeta, y respetar los misterios de la naturaleza que no podrán ser comprendidos por el conocimiento generado por la ciencia clásica y su propósito de resolver los problemas desde el laboratorio, o, si se quiere, desde la racionalidad instrumental. La ciencia posnormal es entendida como

> un conocimiento de "calidad" que, por encima de la pretendida "objetividad" de la ciencia, propone un saber participativo derivado de una pluralidad epistemológica; esto es, una nueva ciencia transdisciplinaria para la sustentabilidad, capaz de evaluar y gestionar la calidad de la ciencia en procesos complejos de toma de decisiones, donde los objetivos son negociados desde perspectivas inciertas y valores en conflicto (Funtowics y de Marchi, 2000, citado por Leff, 2010, pág. 5).

En tal sentido, comprender a la Agroecología como ciencia posnormal permite "indicar que los ejercicios de resolución de problema de la ciencia normal (en el sentido kuhniano) que fueron tan exitosamente extendidos desde el laboratorio hasta la conquista de la naturaleza, ya no son apropiados para la solución de nuestros problemas ambientales globales" (Funtowics & Ravetz, 2000, pág. 46). Desde la ciencia posnormal, también conocida como la ciencia de la gente en la que "se abre un estimulante camino hacia la democratización del conocimiento y se advierte el fin de la verdad científica absoluta. Se convoca la formulación de nuevos participantes en los nuevos diálogos, dando cabida a diferentes perspectivas y formas de conocimientos" (Funtowics & Jerome, 2000, pág. 8). Sobre esto último tiene mucho que aportar la Agroecología como ciencia y como práctica, como veremos a lo largo de estas páginas.

## 2. Breve (muy breve) reflexión sobre modernidad y posmodernidad

*Hoy te niego, luz clara y reinante, no quiero este mundo que dominas y calculas, te devuelvo el pensamiento y el habla envueltos en las mismas hojas absorbentes.*
*¿Cómo dices? ¡No...! ¡Lo siento!, pero el instinto es mío, lo necesito para volver a ser poro en la piedra, podredumbre en la leña y filamento de un lenguaje que miserablemente mataste...*
*¿Mi voz?, llévatela, me las arreglaré con la música que en vano has intentado obscurecer...*
*Anda, búrlate, poco importa, pronto, cuando escape de tus designios, serás un triste ventrílocuo solitario y fútil reclamando existencia en un mundo de contrasentidos...*

*(Jimmy Lugo)*

Distinguir y describir estas dos tendencias culturales dominantes puede resultar en un intento frustrado, pues son movimientos complejos, confusos e indefinidos, que han suscitado todo tipo de análisis y disensos. Sin embargo, si el propósito es hablar de Agroecología como ciencia, estilo de vida y movimiento social, corresponde hacer una breve descripción de estas dos alusiones, ya que, aún con todas las terribles impre-

cisiones e imperfecciones que puedan resultar, la Agroecología no está desligada de estos dos "re-cortes" culturales. En tal sentido, proponemos un breve análisis retomando elementos que le den estabilidad, coherencia, significado y contexto a la propuesta de la Agroecología como ciencia posnormal, como complemento a lo que hasta ahora se ha dicho al respecto.

En términos generales, podría decirse que la modernidad alude a una época que inicia sospechando del dogma teológico —y sus verdades religiosas—, e incuba la idea del progreso y el bienestar humano supeditado al pensamiento científico y los avances tecnológicos. Sin embargo, escudriñar la modernidad implica ir a la raíz incrustada "en las estructuras lógicas de nuestra mente, hasta los procesos que sigue nuestra razón en el modo de conceptualizar y dar sentido a la existencia humana, a nuestras creencias y realidades" (Giraldo, 2004, pág. 25), pues se pondera a la razón como "única vía" segura para comprender la realidad distorsionada por los sentidos, y se distingue al hombre como un sujeto —dotado de conocimiento pero separado de lo divino y lo natural (Foucault, 1973, citado por Escobar, 2015)—, separado de la naturaleza —el objeto— a la cual domina, objetiva, cosifica, calcula, ordena y explica mediante un conocimiento científico "legitimado y organizado en disciplinas separadas" (Sauvé, 1999, pág. 9) o, si se quiere, ciencias normales. La racionalidad instrumental disuelve los saberes locales y se fundamenta en lo demostrable, comprobable y verificable —afincado en el positivismo de la ilustración—, para otorgar lógicas lineales al funcionamiento del orden natural y social, y rendir culto al logos. Esto refleja —en parte— la crisis de la modernidad, pues la naturaleza fue sometida a un poder y dominio que llevaron a su cuantificación y explotación sin límites, amparados en modelos occidentales de progreso

que se impusieron hegemónicamente sobre muchas culturas en el planeta, y la verdad científica se convirtió en el único argumento válido y coherente para entender y explicar la realidad como una sola y universal, imponiendo a "la razón científica y tecnológica por encima de los principios de la vida" (Escobar, 2015, pág. 61) con el fin último de incubar la idea iluminista del progreso. De esta manera, la modernidad occidental configuró lo que Escobar (2015) denomina el Mundo-Uno, basado en una ontología dualista "que separa lo humano y lo no humano, naturaleza y cultura, individuo y comunidad, nosotros y ellos, mente y cuerpo, lo secular y lo sagrado, razón y emoción" (p.76) entre otros, arrogándose así "el derecho de ser el Mundo (civilizado, libre, racional), a costa de otros mundos existentes o posibles" (p.76). Este mismo autor dice que «en el período moderno el mundo fue construido, cada vez más, sin apego al lugar, la naturaleza, el paisaje, el espacio y el tiempo —en suma, sin referencia al *hic et nunc* (el aquí y ahora) que ha dado forma a la existencia humana a lo largo de la historia» (Escobar, 2016, pág. 36).

La posmodernidad alude a una época —actual— de transiciones, transformaciones y herejías. Se rechaza la razón y "desaparece" la verdad científica, esto es, "la condena a muerte de la razón ilustrada, la ciencia, la verdad y hasta la misma historia" (Giraldo, 2004, pág. 25), pues el conocimiento científico y las disciplinas parcelarias ya no son las únicas formas de explicar y comprender la realidad que dejó de ser una sola. En esto se fundamenta lo que algunos autores denominan como la crisis de la modernidad, de la cual no se espera un fin en sí misma, pero sí "de su dominancia ontológica, epistémica y cultural" (Escobar, 2015, pág. 62). Sobre esto conviene mencionar la inexactitud que plantea Castro-Gómez (2011), cuando se habla del fin de la moder-

nidad como «la terminación de una época y el comienzo de la otra, [pues] la postmodernidad no es lo que viene después de la modernidad, sino que es la asunción de la crisis que desencadena la modernidad misma» (pág. 33).

Uno de los aspectos más importantes de la posmodernidad es el reconocimiento de las pluri-realidades y diversos mundos culturales, por lo que se divorcia de las orientaciones positivistas, y emergen otras pluri-epistemes —como la complejidad, la incertidumbre y los sistemas— que re-conocen y re-valoran los saberes ocultos por la modernidad cartesiana. Por ello "no existe una concepción única de la posmodernidad, sino una rica diversidad de discursos y prácticas" (Sauvé, 1999, pág. 9). Habermas et. al. (1985) escribió que la posmodernidad se presenta claramente como anti-modernidad. No es para menos ya que la creencia absoluta y arrogante en la razón y la perversidad instrumental llevaron a la negación de lo sensible, y apartaron al hombre de su naturaleza, concibiendo la ciencia, la tecnología, la cultura como externalidades y no como extensiones naturales de sí mismo. Para Heidegger, citado por Colomer (1995), la ciencia y la tecnología corresponden a una comprensión dogmática del ser que pretende reducir toda la existencia a una pura instrumentalidad, conduciendo, por ese camino, al olvido y a la inviabilidad del proyecto de existencia humana auténtica. Por ello, "la disolución ontológica y epistemológica del sujeto y del objeto, así como el derrumbamiento del edificio metafísico de la razón, constituyen en este momento nodos iniciales de otra manera de ser del ser humano" (Noguera & Pineda, 2009, pág. 276), en el que se reconoce a esa naturaleza —objetivada y cuantificada— como una trama tan compleja como la vida misma.

La Agroecología, como ya se ha anotado, ha sido un estilo de vida milenario, un movimiento social desde el cual se

han hecho fuertes críticas a la industrialización de la vida, y una ciencia rebelde, hereje. Sin embargo, podría pensarse que la Agroecología fue ubicada con mucha facilidad dentro de la episteme moderna, dotándola de una cientificidad positivista que puede ser fácilmente identificada en numerosos estudios que dicen ser agroecológicos pero que no se corresponden por su lógica lineal que, si bien han sido contributivos en la evolución de la Agroecología como ciencia, es claro que esta debe trascender a la generación de otras formas de conocimiento apartada de la rigurosidad del logos, fundamentando en su *corpus* otras epistemes, como los saberes locales, por ejemplo, a partir de los cuales se pueden validar formas armoniosas de interrelacionarse con la naturaleza, las cuales fueron relegadas por la modernidad occidental.

En tal sentido, creemos que la Agroecología debe ser ubicada con (urgente) facilidad en la posmodernidad, en el sentido de rescatar y revalorizar la multiplicidad de saberes insertos en una pluralidad de realidades o multiverso —como plantea Escobar (2015) para referirse al reconocimiento de muchos mundos culturales—, en el cual la episteme moderna resulta siendo un anacronismo. Esto indica la importante necesidad de erigir a la Agroecología como una ciencia que vaya más allá del reduccionismo y se instale en la complejidad, mediante la construcción de una "epistemología difusa, mutable, poética, mística, operativa, predictiva, comprometida y contemplativa, más o menos organizada en una suerte de sinfonía con temas disonantes, variaciones de lo mismo, sutiles crescendos e impetuosos llamados a la emancipación" (Martínez, 2015, pág. 27). Esto teniendo en cuenta que en la posmodernidad es posible reconocer que "los mundos biofísicos, humanos y supernaturales no se consideran como entidades separadas, sino que establecen vínculos de continuidad entre estos" (Escobar,

2015, pág. 58), aspecto clave para la comprensión de los agroecosistemas, el presunto objeto de la Agroecología, como se discutirá más adelante.

Se deja hasta aquí esta breve —e irresponsable— descripción de la modernidad y la posmodernidad desde una visión Agroecológica; sin embargo, vale advertir que a lo largo de este documento se estará volviendo a ella para poner en contexto la postura de los autores sobre la Agroecología como una ciencia que, valga la reiteración, se aparta del pensamiento moderno y explora una multidimensionalidad sociocultural que permite la generación de otros conocimientos, ubicada, como se ha hecho notar, en la posmodernidad, que por cierto ha sido ampliamente reconocida en América Latina pese a las numerosas críticas de intelectuales que la conciben como una extensión más de la modernidad, que se despliega bajo la lógica dominante y hegemónica propia de occidente. Contrario a ello, actualmente pueden reconocerse un sinnúmero de expresiones culturales, económicas, políticas, éticas y cognitivas latinoamericanas que guardan amplia correspondencia con la posmodernidad en sí misma, por lo que, tal como concluye Castro-Gómez (2011), «hablar de posmodernidad en América Latina no es producto de un engaño ideológico, de una moda teórica o del atavismo eurocéntrico de nuestros intelectuales, sino que obedece a una condición que afecta tanto el modo de ser de los discursos como del modo de ser de las prácticas cotidianas» (pág. 43).

## 3. ¿Qué es la Agroecología?

*Ayer fui un saltamontes que brincaba entre la hierba.*
*Puro, inocente*
*Después fui esa hierba maltratada por sus brincos,*
*mordida por el viento*
*Ayer fui el túnel infinito de una semilla silvestre*
*El ala de una libélula que voló confundida entre la lluvia*
*El llanto de un perro que caminó por las calles laberínticas de*
*una ciudad fría y llana...*
*Hoy soy la piel de tus labios, la enormidad de tu consciencia, la*
*eternidad de tus sueños, las vocales de tu nombre...*
*Mañana seré el final de un comienzo, la mentira que cercena,*
*la letra de una palabra que no existe,*
*la voz mustia que se pierde en el desierto de los miedos,*
*el temor de un viejo guerrero perseguido por un duende para*
*incrustar en su memoria recuerdos que dejó en el olvido...*

*(Jimmy Lugo)*

Entendemos por Agroecología a esas formas como los campesinos e indígenas imitan a la naturaleza para resolver sus existencias, creando pequeños mundos espacio-temporales en los que conjugan saberes, anhelos y sentimientos para obtener los frutos de la tierra. Así, la Agroecología permite una

forma de relación y un modo de ser con el lugar en el que se habita, para atribuirle significado y actuar en consecuencia, habitando con el Otro, con los demás, pues el rasgo fundamental del habitar es cuidar (custodiar, velar por) (Heidegger, 1951) a esa naturaleza en la que se vive y se aprende. La Agroecología es una práctica milenaria que se resiste a los imperativos de la modernidad, y propone modos distintos de vivir respetando la vida. La sola palabra es un mundo por descubrir y comprender, lo que invita a explorarla. Nietzsche escribió que resultaba más fácil romper una piedra que una palabra. Sin embargo, —dice William Ospina (2014) — hay palabras que no necesitamos romper sino abrir, para que nos revelen todo lo que contienen. Agroecología es una de esas palabras que contienen la historia de una visión de mundo ocultada por el modernismo cartesiano, por esa luz clara y reinante que dominó la naturaleza y separó al hombre de ella, en su exitoso intento de opacar lo sensible para dar brillo a la razón, hasta ensombrecer su misticismo al instaurar el cálculo y la manipulación.

Como se dijo antes, el pensamiento moderno dualista estableció la racionalidad humana como forma absoluta de comprender y dominar a la naturaleza mediante la ciencia y la técnica. En esta naturaleza el ser humano representaba su sensibilidad, sus ideas, sus juicios y sus creencias en formas míticas y místicas como un modo de atribuirle prestigio sagrado, pues no se le podía tratar como un objeto común. Por lo tanto, era una naturaleza inviolable, y cuando se viola lo que se considera sagrado dentro y fuera de lo religioso y lo espiritual, "hay una ruptura moral de tal magnitud que obstruye el curso de los intercambios sociales y que con ella el violador ha sembrado una mancha que lo contamina en primer lugar a él mismo" (Dorra, 2009, pág. 16). El pensamien-

to moderno violó la sacralidad de la naturaleza y excluyó las representaciones sociales sobre la misma, en su afán de inscribirla como un objeto disponible para la racionalidad capitalista y sus apetencias de poder y dominación. Esto llevó a una clasificación que la fragmentó en argumentos científicos, y ocultó mundos culturales de sociedades tradicionales construidos milenariamente. La taxonomía vegetal y animal, por ejemplo, bautizó a las plantas y a los animales con nombres científicos, ocultando aquellos atribuidos por colectivos humanos mediante los cuales representan sus visiones de mundo. La edafología clasificó mecánicamente al suelo en estructuras y propiedades físicas y químicas, separándolo de los procesos ecosistémicos. La economía cuantificó ciclos y flujos y los llamó bienes y servicios para rotularlos con un precio. Solo por mencionar algunos aspectos.

A lo anterior se agrega que "la especialización es funcional al deseo de conocer las causas últimas de los fenómenos, pero la realidad ha revelado que tales casualidades no reposan en el fenómeno aislado del contexto, sino más bien en el contexto mismo" (León, 2012, pág. 8). Estas fragmentaciones conllevaron a la escisión hombre-naturaleza, hasta considerarla una externalidad susceptible de reducción y sometimiento, bajo la ilusión de que el sujeto, consciente de sí, puede sustraerse del mundo y distanciarse para leerlo desde fuera, como objeto (González, 2006). Aún en la actualidad algunas posturas defienden esta escisión como si el hombre estuviese a un lado y la naturaleza al otro, construyéndose así el mundo humano separado del mundo natural.

Agroecología se refiere a aquello que se re-descubrió en la década de los setenta una vez se reconocieron y re-valoraron los saberes y las técnicas validadas por culturas cam-

pesinas, indígenas y afrodescendientes[4], como formas de hacer frente a la crisis ambiental que se generó, entre otros, por los efectos de la revolución verde, cuyo éxito se debió a la agricultura química para aumentar y optimizar la producción —bajo el ridículo pretexto de solucionar el hambre— sin importar los daños culturales y ambientales. Hay consenso en que la Agroecología ha tenido tres momentos importantes: primero, surge desde los saberes locales; luego se afianza como un movimiento social, cultural y político para dignificar al campesino, el acceso justo a la tierra y la inclusión social y económica; y, por último, permea los círculos académicos donde se consolida como ciencia. Sobre esto existe una literatura copiosa y —si se quiere— muy repetitiva, que muestra la transición de la Agroecología como una ciencia que pasó de estudiar los aspectos ecológicos asociados a la producción agronómica —ubicada en la modernidad—, a incorporar la dimensión cultural y ecosistémica en el diseño de agroecosistemas, y su comprensión como formas de imitación de la naturaleza, resaltando siempre los saberes tradicionales —ubicada en la posmodernidad—, como se indicó antes.

Los Agroecólogos[5] a menudo enfrentamos el dilema de si la Agroecología es una ciencia o un enfoque[6], y encontramos razones suficientes para pensar que puede ser cualquiera de las dos. A juicio de los autores —sin intenciones de

4 Fue en la década donde la Agroecología re-surgió con fuerza, sin embargo, León (2012), muestra un interesante relato sobre la emergencia de la Agroecología desde hace más de ochenta años.

5 Los autores nos consideramos Agroecólogos no tanto por la formación, sino por la afinidad, la convicción y la apropiación de la Agroecología como una alternativa para que la humanidad y el planeta puedan cambiar su forma de vivir.

6 Con enfoque se quiere hacer referencia a un conjunto de prácticas para promover la transición de la producción agraria hacia formas armónicas con el ambiente.

entrar en debates profundos—, se defiende la idea de que la Agroecología es una ciencia que se re-descubre y consolida en una era post-moderna impregnándose de los sistemas y la complejidad para entender el todo más allá de sus partes; para estudiar las propiedades emergentes que no son posibles comprender linealmente, y que tanto han obligado a fundar una nueva forma de pensar sobre la vida, como señala Capra (2006), diferente a las pretensiones reduccionistas de la ciencia occidental cuyo fundamento central ha sido la especialización como única vía para conocer las causas últimas de los fenómenos, como se mencionó antes.

Esto tiene sentido cuando se reconoce la imposibilidad de comprender la realidad con los conocimientos existentes generados por las ciencias normales, pues estas se centran en realidades inciertas que requieren análisis desde enfoques complejos o post-normales, como la Agroecología. Lo anterior, sin duda, ha hecho que la Agroecología se inter y trans discipline con ciencias normales —biología, química, física, agronomía, economía, ecología, antropología, sociología, entre otras[7]— y ratifique su fundamento en los saberes tradicionales, para fundar una pluri-episteme que le aproxima a los análisis inciertos, complejos y sistémicos. Capra (2002) ilustra, mediante un sencillo ejemplo, las propiedades emergentes que caracterizan a la complejidad o dinámica no lineal:

> Cuando se unen de cierto modo átomos de carbono, oxígeno e hidrógeno para formar azúcar, el compuesto resultante tiene sabor dulce. El dulzor no está ni en C, ni en O, ni en H, sino en el patrón que emerge de su interacción. Es decir,

7 Conviene señalar que desde la Agroecología se han hecho cuestionamientos fuertes a la agronomía y a la economía para replantear sus formas de comprender y transformar la realidad.

> se trata de una propiedad emergente. Además, estrictamente hablando, el dulzor ni siquiera es una propiedad de los vínculos químicos, sino una experiencia sensorial que surge cuando las moléculas de azúcar interactúan con la química de nuestras papilas gustativas, las cuales, a su vez, provocan que una serie de neuronas se activen de determinada forma. Por consiguiente, la experiencia del dulzor surge de una actividad neural. (p. 69- 70)

Esto demuestra una vez más la urgente necesidad de replantear la forma de ver e interpretar la complejidad connatural de la vida y el planeta. Si este ejemplo permite entender las relaciones intrínsecas de un proceso químico en particular, imagine el lector, por un momento, cuanto podría aproximarse a la comprensión de ese mundo agri-cultural que teje una urdimbre tan compleja como los agroecosistemas. Detrás de una planta hay un mundo complejo por comprender. Su emergencia desde la semilla que lucha en la oscuridad de los suelos para conquistar la luz mediante ramas, hojas, flores y frutos contempla, sin duda, un proceso intrínseco que involucra a insectos, al viento, al tiempo, al sol, la luna, la lluvia, a otras plantas y a cientos o miles de elementos y procesos más que tejen una red tan sorprendente como admirable, digna de ser comprendida a cabalidad. Algo imposible de imaginar desde las ciencias normales que fragmentan cada una de estas expresiones, hasta separarlas del misterio natural que las provoca. He allí que esta ciencia inter y trans discipline con otras más.

Entender y enmarcar a la Agroecología como una ciencia compleja —posnormal—, obliga tomar distancia de las críticas que la describen como una ciencia sin objeto de estudio o claramente indefinido. En primer lugar, no se puede pretender atribuirle un objeto de estudio —dado su carácter

posnormal— en forma análoga a las ciencias normales según ordena la herética cartesiana. Todo lo contrario. Pues, a juicio de los autores, la Agroecología ha fragmentado su objeto de estudio hasta hacerlo borroso, y por ello sus investigadores se atribuyen cierta autoridad y libertad para aplicarla desde su enfoque disciplinar. En este orden, se considera que esto es una particularidad de la Agroecología si se tiene en cuenta su inter y trans-disciplina y su pluri-epistemе. Sin embargo, hay que guardar ciertos límites, pues algunas investigaciones que dicen ser agroecológicas no hacen más que responder a la lógica positivista y lineal, enmascaradas bajo fusiones de enfoques cualitativos y cuantitativos, por un lado, y que guardan más coherencia con la agronomía propiamente dicha, por el otro.

En segundo lugar, si de objeto de estudio se trata, hay consenso en que el agroecosistema sería el más apropiado —como bien se ha sustentado desde sus inicios como ciencia—, ya que se requieren enfoques sistémicos, complejos o no lineales, para comprender las redes que se generan dentro y fuera de él. Naturalmente, no es un objeto de estudio que deba abordarse exclusivamente desde la lógica lineal y positivista de las ciencias normales; por eso cualquier investigación que guarde esta proporción habría que ponerse en duda, no tanto por su rigurosidad, sino por su nivel de correspondencia con la Agroecología, pues "los estudios agroecológicos deben ser más que frías comparaciones de rendimientos entre sistemas" (Giraldo, O. 2013, pág. 13), por ejemplo. Lo que se intenta decir es que no se deben confundir estudios agronómicos con estudios agroecológicos, como comúnmente suele verse —y confundirse— en una bibliografía copiosa. Quizá esto ha llevado a pensar en la indefinición del objeto de estudio. Si bien el agroecosistema

requiere ser estudiado en cuanto a sus componentes: insectos, plantas, suelos, flores, frutos, hojas, raíces, reacciones químicas, polinización entre otras, indudablemente debe hacerse en el contexto de la complejidad, esto es, de las estructuras y propiedades emergentes que configuran redes o tramas dentro y fuera de él. Sobre esto, como se indicó antes, se hará referencia en su momento.

El propósito de este libro va más allá de justificar el enfoque científico de la Agroecología —el cual, está ampliamente discutido y consensado—, e incluye el abordaje de "otros asuntos" que permiten, a modo de ver de los autores, una mejor comprensión de esta ciencia. Se consideró importante referirse a la "posnormalidad" porque desde allí se pueden hacer aproximaciones a otros asuntos que algunas ciencias normales no pueden darse el lujo de abordar, dado su enfoque reduccionista. Por ello valoramos la época post-moderna en la que vivimos y en la que naturalmente se ha desarrollado la Agroecología como ciencia, pues la libertad de pensamiento, el reconocimiento de la diversidad cultural, el cuestionamiento a las ciencias normales y el modernismo cartesiano, el fracaso del capitalismo, las nuevas visiones de la vida, la emergencia de nuevos conocimientos y la valoración y el rescate de otros relegados, la transición a otros valores y formas de relaciones humanas, la pluralidad del lenguaje y las narraciones, el paso de la razón a lo sensible, de lo paradigmático a lo enigmático —como plantea Calabresse (1994)—, sin duda conllevan a la emergencia de perspectivas complejas necesarias y urgentes para interpretar las diferentes realidades de esos nuevos mundos culturales que surgen y re-surgen. La post-modernidad habría de llevar a relacionar lo poético con lo científico, por ejemplo, para una mejor comprensión del mundo y de la vida, indudablemente.

Esto se menciona porque, pese a las discusiones y controversias, la post-modernidad ha llevado a re-fundar la necesidad de volver a ser naturaleza, volver a otras formas para interpretarla y rescatar y respetar sus cualidades ocultas y misteriosas. Cualidades que la ciencia, además de excluir, ocultó, en función de su objetividad basada en verdades absolutas. Sobre esto tiene mucha razón Luis Eduardo Aute cuando dice que *la ciencia es una estrategia. Es una forma de atar la verdad, que es algo más que materia, pues el misterio se oculta detrás*[8]. Las verdades son científicas, la esencia de las cosas es poética. Las verdades se someten a arbitrios, lo esencial se vive y se siente, porque lo esencial es naturaleza, la misma que supuestamente ha sido descifrada mediante un paradigma científico para llegar a verdades cuya veracidad es ciertamente estable, pero jamás será útil para comprender los misterios que esconde.

Le corresponde entonces a la Agroecología, como ciencia posnormal, aceptar "que hay cosas que no pueden entenderse. Se muestran, se hacen visibles, pero se esconden cuando se va a su encuentro a través de la razón. Por eso la ciencia debe "aprender a la renuncia, a la quietud, a no hacer" (Giraldo, 2013, pág. 14) o, simplemente, a apreciarlas. La razón se aleja del asombro, del encanto y el misterio. La comprensión de algunas expresiones naturales se hace desde lo científico, y de otras —necesariamente— desde lo poético, desde lo bello y lo sensible, donde, desde la lírica sabineana, "el mundo poético y realidad se igualan" (Hernández, 2010, pág. 50), pues la naturaleza como realidad en la que nos encontramos eyectados es un mundo poético que habitamos, transformamos y nos dejamos transformar por ella. Lo cien-

8 Canción *De paso*, de Luis Eduardo Aute. Álbum Albanta, 1978. Sony Music.

tífico explica, por ejemplo, la fisiología de las plantas, pero desde lo poético se logra sentir —aún siquiera sin entender, a veces no importa— cosas como que el primer y peor enemigo de la semilla sea el tronco paterno, por lo que la planta debe "escupir" sus semillas para que crezcan lo más lejos posible de ella (Maeterlinck, 2007). Este autor, por ejemplo, menciona a las semillas que prevén su diseminación por los pájaros y que, para tentarlos, se acurrucan en el fondo de un envoltorio azucarado tan inútil para la semilla como el néctar, que atrae a las abejas, lo es para la flor. El pájaro se come el fruto porque es dulce y se traga al mismo tiempo la semilla, que es indigestible. El pájaro vuela y devuelve poco después, tal como la recibió, la semilla desembarazada de su vaina y dispuesta a germinar lejos de los peligros del lugar natal. Esto, sin duda, trasciende a la ciencia. La limita. Lo bello y lo sensible no le corresponden. Ni qué decir lo que este autor menciona de la orquídea americana:

> El insecto no penetra ya solamente en una flor admirablemente combinada, sino en una flor animada y, al pie de la letra, sensible. Apenas se ha posado el insecto sobre el magnífico atrio de seda cobriza, cuando las largas y nerviosas anteras que necesariamente debe rozar llevan la alarma a todo el edificio. En seguida se rasga el alvéolo en que permanece cautiva, sobre su pedicelo replegado que sostiene un grueso disco viscoso, la masa de polen, dividida en dos paquetes. Bruscamente libre, el pedicelo se dispara como un resorte, arrastrando los dos paquetes de polen y el disco viscoso, que son violentamente proyectados hacia afuera. Gracias a un curioso cálculo balístico, el disco es siempre lanzado hacia delante y va a dar en el insecto, al cual se adhiere. Este, aturdido por el choque, se apresura a huir de la corola agresiva para refugiarse en una flor vecina. Es todo lo que quería la orquídea americana. (Maeterlinck (2007), pág. 79)

De esta manera, corresponde a los Agroecólogos aproximarnos a una comprensión de la naturaleza, en clave de agroecosistemas, más allá de lo científico, hasta abordar lo estético, entendido en este caso como lo bello y lo sensible o, en últimas, como lo poético, que comprende además la amplitud del bien moral. Esto es fácilmente visible en la naturaleza al contemplar esas formas que se escapan de la comprensión científica. También lo es en las formas como el campesino se vincula o re-une con la naturaleza mediante los agroecosistemas, su más tangible forma de habitar poéticamente, pues, desde una perspectiva heideggeriana, poéticamente habita el hombre, ya que poetizar es construir. Como dicen Noguera & Pineda (2009, pág. 265): «pensar ecológica y ambientalmente es dejar habitar y dejarse habitar por la naturaleza con sus lenguajes y silencios, es decir, poetizar». El campesino poetiza cuando construye un agroecosistema. Entonces una finca campesina es una plétora de prácticas y acciones agroecológicas. A ella no se llega para transferir la Agroecología, sino más bien para re-descubrirla y re-vivirla.

## 4. Geo-grafía y Geo-poética

*Mi casa es una casa dormida entre*
*las piedras sueltas de una montaña...*
*Entro en ella por caminos que trazo con pinceles mojados*
*con las lágrimas de un árbol que llora*
*en homenaje a la quietud...*
*Habito en ella para viajar por el tiempo*
*y encontrarme en el pasado*
*Mi casa soy yo... soy el andén que aún no comprende el*
*lenguaje de los pasos, el techo que nunca envejece,*
*el piso que soporta el rastro de las huellas,*
*las ventanas que reducen la grandeza de las montañas a*
*cuadros diminutos, dóciles y nobles, la cerradura que teme a la*
*fuerza intrusa de la maldad experta,*
*las paredes afinadas por el eco de las voces que callaron*
*lentamente, el patio consumido por la incertidumbre que*
*provocan las cosas que quedaron incompletas...*

*(Jimmy Lugo)*

La Agroecología, a juicio de los autores, se constituye en un enfoque valioso para comprender el vínculo y la re-unión con la naturaleza, mediante esas formas poéticas de habitar la tierra, fácilmente visibles en fincas campesinas, como se

tratará de demostrar más adelante. Pero ¿qué son la geo-grafía y la geo-poética y por qué la Agroecología es una forma de comprenderlas? Pues bien, el filósofo José Luis Pardo (1991), en su hermoso texto *sobre los espacios pintar, escribir, pensar*, recurre a una explicación de la Geo-grafía entendida en tres sentidos: el primero, como una escritura de la tierra, en la que la tierra misma escribe y describe deslenguada su lengua; su lenguaje —dice el autor— es el paisaje; sus letras los muebles e inmuebles que decoran y constituyen el espacio: montañas sobre una meseta (...), por ejemplo. Así, la tierra se (d-)escribe a sí misma en sus pliegues y repliegues. El segundo como una "inscripción de la tierra": desde el momento en que se deposita en la tierra un signo (cualquier fragmento de la naturaleza capaz de "hacer" territorio), una letra, ya se ha doblado en el espacio "natural" con un espacio segundo, artificial —a lo que el autor le denomina poético—.

El autor sugiere que a través de signos, como surcos de labranza y agroecosistemas, por ejemplo, ocurre la adaptación del hombre a su entorno y del entorno al hombre —nuevamente el habitar poético—. Estos signos, artificios, objetos técnicos —dice el autor— se constituyen en obras de arte que denotan un espacio monumental, artificial, ornamental, gráfico, escrito, de una escritura (...) sobre la tierra y sobre la piel. Tercero, como la "escritura sobre la tierra"; ese "sobre" —aclara el autor— se asimila a la "inscripción de la tierra" como una operación concreta de escritura —una huerta, por ejemplo—; pero también se refiere a *toda operación de escritura* sobre la tierra firme o el archisuelo, esto es, el conjunto de signos o artificios que sobre ella se sobre-escriben[9]. Tomando como

9 Arturo Escobar propone una transición de la geografía que, a nuestro juicio, guarda correspondencia con lo propuesto por Pardo (1991), en el sentido de pasar de una geografía como como ciencia positivista dentro del sistema-

referencia lo anterior, Quintero (2011) ilustra la geo-grafía y la geo-poética a través del diagrama 1.

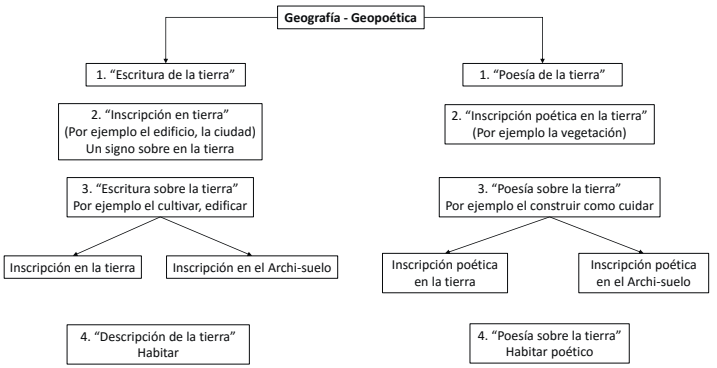


*Figura 1.* Sentidos de Geo-grafía y Geo-poética. Quintero (2011)

La poética, como bien lo explica Pardo (1997), no se refiere a imaginaciones elaboradas desde lo fantasioso, lo irreal, lo romántico, sino más bien al reconocimiento de lugares y regiones de esa geografía que se vuelve geo-poética cuando se (i)nscribe y (d)escribe en y sobre ella —la tierra—; esto es, cuando se construye para cuidar de sí mismo, es decir, cuando el campesino erige agroecosistemas como una forma de tatuar (poética) la tierra (geo). La poética remite a *Poiesis*, que "puede significar producción, trabajo, imitación, falsificación, simulación, invención [así el hombre] inventa su pasado como inventa su tierra natal" (Pardo, 1997, pág. 32).

El habitar poético es, entonces, una forma de relacionarse con el espacio, establecer una presencia en él, adentro de él. El campesino hace de su finca su espacio existencial,

mundo moderno/colonial a la *geo-grafía,* es decir a la comprensión de las "nuevas grafías de la tierra" y a la geograficidad de la historia (Escobar, 2015, pág. 91).

está inscrito en ella, es un elemento más del paisaje, es una extensión de sus agroecosistemas. Al sentirse espacio se olvida de la exterioridad. Giglia (2012) dice que "el orden cultural que establece el habitar (...) permite convertir el espacio en una *patria cultural*, es decir, en un mundo, entendido como universo ordenado por la actividad humana" (p.12); la finca se convierte en esa patria donde el campesino poetiza en y sobre la tierra. Habita y se deja habitar por ella, ya que "el espacio lo ordenamos, pero también el espacio nos ordena, es decir, nos pone en nuestro lugar, enseñándonos los gestos apropiados para estar en él, e indicándonos nuestra posición con respecto a la de los demás" (p.16). La agricultura industrial, crisol de tóxicos y venenos, no es una forma de habitar poéticamente la tierra, pues no respeta los gestos de la tierra, el lenguaje de la naturaleza, los ignora violentamente, causando heridas que representan la arrogancia simplista y reduccionista del capitalismo. Allí, en esos espacios, la Agroecología no sueña que la nombren y la reciten. Se resiste a converger entre los denominados enfoques mixtos —llamados así por las formas pretensiosas de justificar la peligrosidad de la toxicidad al combinarse con la humildad de lo orgánico, orientados por técnicas agronómicas convencionales para cumplir con los rígidos estándares de producción que exigen las lógicas del mercado—. En esto la Agroecología no existe, no converge, no cala, no resuena, no se corresponde con espacios así, mecanizados, irrespetados, despreciados, instrumentalizados y objetivados para el lucro incesante que se vale de la naturaleza como una mercancía.

# 5. El agroecosistema como forma de habitar poéticamente

*Te veo en el día. Te escucho en la noche.*
*Te inventé. Me inventaste.*
*Eres yo y los míos. Soy tú y lo que tejes.*
*Somos resuello de un gigante incomprendido.*
*Vivo en tu savia. Salto en las alas que te buscan y te huyen.*
*Emprendo viaje por tus filamentos*
*para aprender un lenguaje complejo*
*como el entramado de mis venas;*
*Herético como el llanto, los gestos y el miedo;*
*Asombroso como el silencio; Infinito como los sueños.*
*Me llevas y me traes por una urdimbre pura y misteriosa,*
*que me libera del tiempo y me arrastra incólume por la vida...*

*(Jimmy Lugo)*

Como dijimos antes, compartimos la idea de que el agroecosistema sea el objeto de estudio de la Agroecología —¿O más bien sujeto? ¿Acaso estudiar al agroecosistema no equivale a estudiar al sujeto que lo construye?—. Sin embargo, no compartimos la visión cartesiana —ampliamente compartida por muchos Agroecólogos— que considera al

agroecosistema como un simple conjunto de plantas y animales, que interactúan entre sí y con su medio físico y químico —naturaleza—, modificado —léase controlado— por el hombre, para la obtención de productos y sub-productos para el consumo humano y animal. En estas pretensiones, además de concebir al campesino como un simple productor que obedece a las exigencias impuestas por las lógicas del mercado, incorporan límites espaciales y temporales a los agroecosistemas, lo que impide hallar, percibir, vivenciar la Agroecología en «otros agroecosistemas» que escapan a las proporciones geométricas —ampliamente difundidas por la visión técnico agronómica para responder estrictamente a los estándares de productividad y competitividad—, y obedecen más al modo de ser, hacer y conocer campesino. Siendo consecuentes con el pensamiento agroecológico que cuestiona la visión cartesiana de la naturaleza, el agroecosistema va más allá de su tradicional visión agronómica y de ser ese conjunto controlado por ese hombre dominante, que extrae sistemáticamente de la naturaleza un bien o un servicio. Esta concepción es una forma de mantener la visión lineal de la naturaleza como una externalidad, que puede objetivarse y artificializarse mediante el agroecosistema. Por supuesto que "el habitar humano no consiste en vivir sin intervenir los ecosistemas" (Giraldo, 2013, pág. 4), pues la cultura, de la que somos producto, no puede prescindir de las modificaciones de la naturaleza (Ángel, 1996). Precisamente los agroecosistemas son una forma de intervención, pero mediante la imitación y no del control de esa naturaleza.

Heidegger (sf) plantea que el habitar se refiere a habitar en la tierra y dejarse habitar por ella. Habitar, entonces, es construir para dejarse habitar. Heidegger plantea que construir, erigir, es propiamente habitar, que el habitar es la ma-

nera en que los mortales son en la tierra y, que el construir como habitar se despliega en el construir que cuida. El construir —dice el filósofo— en el sentido del cuidado [campesino] del crecimiento (...), es ya una consecuencia esencial del habitar (...); así, el hombre solo es capaz de habitar si ha construido ya y construye de otro modo, y si permanece dispuesto a construir; el poetizar, antes que nada pone al hombre sobre la tierra, lo lleva a ella, lo lleva al habitar. Construir expresa entonces dos sentidos: el primero corresponde a erigir como edificar; y el segundo corresponde a cuidar, abrigar. Así, el habitar, desde la perspectiva Heideggeriana, tiene que ver con el estar ubicado en un lugar en un momento definido del tiempo y espacio, ese lugar es una finca, por ejemplo, el espacio existencial de una familia campesina.

De acuerdo a lo anterior, el campesino construye —erige— agroecosistemas para habitar en ese lugar que conoce y re-conoce como su hábitat, pues, para habitar es necesario que el sujeto —en este caso el campesino— "se coloque en el espacio y ubique su presencia en relación con un conjunto de puntos de referencia, colocándose al centro de ellos, reconociendo y al mismo tiempo estableciendo un orden espacial" (Giglia, 2012, pág. 13). Esos puntos de referencia —aquellos que permiten saber en dónde se está— son su casa, sus cultivos, sus animales, sus flores, sus cercos y galpones, sus herramientas, el árbol junto a la casa, la huerta, la hortaliza en un trasto viejo. El campesino erige un agroecosistema y cuida de él como cuidaría de sí mismo. Así, entendemos al agroecosistema como un signo abigarrado agri-cultural que el campesino construye al imitar a la naturaleza, resultando una trama compleja de plantas y animales en constante equilibrio —salvo algunas excepciones, en las que se requiere la intervención humana para contrarrestar efectos e imprevis-

tos que hasta en los ecosistemas naturales suelen ocurrir—. Estos signos pueden hallarse desde un simple trasto hasta un conjunto más elaborado y complejo, como se mostrará más adelante[10]. El agroecosistema es una extensión del campesino y su familia, y estos, a su vez, son una extensión del agroecosistema. Extensión en el sentido de prolongación o continuación. En él representan sus vínculos con la naturaleza. La forma de re-unirse y morar con los demás, de ser el Otro para cuidarlo, y de paso cuidarse a sí mismo. El agroecosistema es una forma de autorrealización humana, al permitir que el resto de los seres también se realicen, como dice Speranza (2006). Esos otros seres son las plantas, los insectos, los micro-organismos... que configuran la trama agroecosistémica. El campesino construye agroecosistemas para re-encontrarse con él mismo, con su ser natural —tan natural como el fruto de una planta o la pata de un insecto—. Se le concibe como un mundo agri-cultural que se construye para hallar sentido a la existencia. Una auténtica obra de arte que resulta al horadar la tierra; por eso, el agri-cultor no es un productor sino un Cultor que transforma la tierra poetizando, inscribiendo surcos como pliegues del cutis de la tierra; moldeando arrugas temporales que se pliegan y repliegan (Noguera, 2004).

Así, creemos que el agroecosistema representa lo que Lévinas (citado por Bidaseca, 2010) denominó el yo-otro[11],

> la descentralización del yo y de la conciencia, en cuanto que yo [el campesino] me debo al otro [el agroecosistema: planta,

10 Para Vilaboa-Arroniz (et al. 2009) y Martínez-Dávila (et al. 2011), citados por Casanova et. al. (2016), el agroecosistema es una construcción lógica, una abstracción que facilita la interpretación de la realidad agrícola. Nos habría gustado cambiar la *realidad agrícola* por multirealidades agrarias, pues, como ya se ha dicho, cada finca es un mundo cultural único y complejo.

11 Los corchetes son indicaciones de los autores.

> insecto, suelo, entre otros] y es el otro quien constituye mi yo, abre así la posibilidad de acceso a una conclusión decisiva. Implica no el dominio del otro, sino su respeto y, el punto de partida para pensar (...) no es ya el ser sino *el otro.* (p.26)

De allí el comienzo del poema: *Te veo en el día. Te escucho en la noche. Te inventé. Me inventaste. Eres yo y los míos. Soy tú y lo que tejes. Somos resuello de un gigante incomprendido*, esto es el yo (campesino)-Otro (agroecosistema), "pues el sujeto no es alguien constituido, sino que se constituye conforme entra en relación con el Otro" (Bidaseca, 2010, pág. 26). ¿Cómo entra el campesino en relación con ese Otro que es el agroecosistema como mundo agri-cultural? Para responder a esto basta volver al poema: *vivo en tu savia. Salto en las alas que te buscan y te huyen* (¿serán las alas de eso que la ciencia moderna llamó plagas?). *Emprendo viaje por tus filamentos para aprender un lenguaje complejo como el entramado de mis venas* (conocimiento local)*; herético como el llanto, los gestos y el miedo* (trasmisión oral del conocimiento)*; Asombroso como el silencio; Infinito como los sueños* (asombroso por el respeto enigmático al Otro; infinito porque son saberes, no verdades). *Me llevas y me traes por una urdimbre pura y misteriosa* (la naturaleza)*, que me libera del tiempo y me arrastra incólume por la vida...* (des-sujetado de la episteme moderna).

Lo anterior, encaja en lo que Escobar (2015) llama ontologías relacionales —en contraposición a la ontología moderna fundada en la dualidad del Mundo-Uno, como se ha venido exponiendo hasta ahora—. La ontología relacional alude a la creación de mundos mediante prácticas diversas llevadas a cabo por grupos humanos que inter-existen con la naturaleza. Decimos con Escobar que la ontología moderna basada en la separación de la naturaleza conlleva a la

puesta en marcha de prácticas que responden a otras lógicas modernas como el mercado, la renta, la economía, la política, entre otras, como la agricultura de monocultivo[12], por ejemplo, mientras que "una ontología relacional lleva a una forma de cultivo diverso e integral [agroecosistema] como lo demuestra la Agroecología para muchos sistemas de finca campesinos o indígenas" (Escobar, 2015, pág. 58). Decimos que los agroecosistemas —realmente agroecológicos—, son una forma de entender la ontología relacional en el sentido de la otredad que mencionamos en el párrafo anterior, dada la relacionalidad que hay entre el campesino y el agroecosistema; esto es, las conexiones que se hacen ocultas frente a prácticas ontológicas modernas que nos hace ver como "sujetos autosuficientes que confrontamos o vivimos en un mundo compuesto de objetos igualmente autosuficientes que podemos manipular con libertad" (Escobar, 2015, pág. 58), desconociendo el enigma, el respeto y la mística con la que milenariamente se ha relacionado el campesino con la naturaleza, para la creación de ese mundo cultural diverso y complejo al que llamamos agroecosistema. A esto acude Escobar (2015) para explicar que en las ontologías relacionales "los mundos biofísicos, humanos y supernaturales no se consideran como entidades separadas, sino que se establecen vínculos de continuidad entre estos" (p.58). Más adelante, en el capítulo dos, trataremos de mostrar ejemplos de agroecosistemas como ontologías relacionales en el marco de lo que hemos denominado hallazgos agroecológicos, alu-

12 Sobre esto, conviene darle la palabra a Alimonda (2012, pág. 76) cuando señala que "los humanos que interactúan con los monocultivos están aprisionados, de alguna forma, por un tipo de pensamiento único altamente especializado, y han perdido las habilidades y conocimientos detallados de la naturaleza que permiten las prácticas agroecológicas multiculturales"

diendo al hecho de que a muchas fincas campesinas no se lleva la Agroecología sino que allí se re-descubre.

De otro lado, creemos que para estudiar los agroecosistemas —en tanto estructuras y propiedades emergentes, lineales y no-lineales—, es necesario comprender el significado de estos para los campesinos, y sus relaciones con los demás elementos del espacio en el que se encuentran, en ese espacio poético y habitado en el que lo construido tiene una apariencia y un contenido. Así, la apariencia y el contenido del agroecosistema sugieren una configuración de sentido, un orden estético, una visión ética, una representación simbólica para el campesino como para quien lo contempla. A la Agroecología le corresponde entonces entender la apariencia y el contenido de estas construcciones, para comprender el habitar campesino. Por ejemplo, un campesino de Morelia —un pequeño pueblito al sur del Caquetá—nos contó su costumbre de sembrar entre sus cultivos ciertos árboles que sirven de dormitorios para los murciélagos, quienes, luego de sus correrías nocturnas por el bosque en busca de alimento, depositan en sus suelos las semillas de árboles maderables como el barcino y el canelo, poco comunes y muy valorados en la región, que luego siembra en su finca, la de sus vecinos o bien vende en el pueblo. Si no nos detenemos a comprender estas interrelaciones, terminamos por reducir al agroecosistema como una estructura que se estudia y clasifica linealmente hasta objetivarla, separándola del campesino y de su visión de mundo.

Esta comprensión agroecosistémica podría llevarnos a conocer prácticas que contribuirían en la reorientación de nuestra interrelación con la naturaleza, "que promueva la vida en lugar de destruirla" (Capra, 2006, pág. 170). Sin duda, los agroecosistemas son obras humanas fascinantes por las

interacciones naturales que recrean, y por la carga de historias, sentimientos, anhelos, esperanzas y conocimientos que encierran. Por eso los Agroecólogos no podemos separar al campesino de sus agroecosistemas, el uno dice mucho del otro. Sabato (2012, pág. 19) dice que "entrar en contacto con cualquier obra humana evoca en nosotros la vida del otro, deja huellas a su paso que nos inclinan a reconocerlo y a encontrarlo". Entonces, entrar en contacto con los agroecosistemas es conocer el pasado y el presente de esos campesinos y sus espacios habitados.

Aunado a lo anterior, decimos que el agroecosistema es la representación a escala del lugar donde el campesino mora y de-mora para habitarlo, para transformarlo obedeciendo a su interior, a su pensamiento, como un auténtico artista. Adonde quiera que va, lleva a su agroecosistema con él: a la plaza del pueblo, a la fonda, a visitar un familiar, a compartir con sus amigos, a participar en una feria, a conformar una asociación, a intercambiar sus semillas y sus conocimientos, a enseñar y a aprender. El agroecosistema es su ser, su fuente de poder, de seguridad, de decisión, de sabiduría y apego por lo Otro —por eso su comprensión también se hace fuera de su habitar, de su finca—. El campesino se acuesta y se levanta pensando en su agroecosistema —de allí el verso *te veo en el día, te escucho en la noche*—. Piensa en la tierra, las semillas, las hojas, los frutos, en el mensaje que traen sus plantas enfermas e insectos hambrientos para corregir ciertos desequilibrios. También piensa en él para hallar soluciones a las urgencias cotidianas: ese familiar enfermo, el estudio de su hijo, el viaje al pueblo, la herramienta aquella. El agroecosistema es la forma como el campesino resuelve su existencia y la del Otro. Entrar en contacto con él es adherirse a su urdimbre, hasta volverse uno y convertirse en

*resuello de ese gigante in-comprendido* que es la naturaleza. En esto puede verse más o menos reflejado aquello de que "los límites físicos del agroecosistema se difunden hacia límites intangibles pero reales" (León, 2009, pág. 11).

Convencionalmente, desde la Agroecología se ha dicho que los agroecosistemas se diseñan y se establecen para ser controlados por el hombre con fines productivos, respetando los recursos naturales[13]. Sin embargo, con Heidegger entendemos que un agroecosistema se construye porque —como se dijo antes— al construir se habita en el lugar. Cuando se construye se mantiene una estética que aumenta su apropiación simplemente al verlos. Una estética que muestra lo bello y lo sensible de la naturaleza. También su mística. Diseñar y establecer implica seguir un patrón exclusivamente agronómico con propósitos eminentemente técnicos y productivos. Construir, en cambio, va más allá, imita la complejidad de la naturaleza —al tiempo que se es naturaleza— para re-crear mundos culturales y naturales, pues "construir ya es, en sí mismo, habitar (...), habitar sería el fin que persigue todo construir" (Heidegger, 1951, pág. 2). Por eso el agroecosistema es esa forma en que el campesino habita, al tiempo que habita para construirlos y ser naturaleza.

Bajo esta concepción, es impensable construir un agroecosistema con plantas y animales genéticamente modificados, dependientes de productos tóxicos como fertilizantes, herbicidas, insecticidas y otros insumos de síntesis química, que ofenden a la naturaleza al considerarla malnutrida, male-

13 Decir *recursos naturales* es sostener los imperativos del discurso hegemónico del desarrollo sostenible, que concibe a la naturaleza como una mercancía, monetariza sus ciclos materiales y flujos energéticos, y llama recursos naturales a cualquier elemento cuya determinación se hace mediante la imposición de un precio como cuantificación económica.

za, plaga, enfermedad. Esto no se corresponde con la Agroecología ni con el sentido ontológico relacional y poético de los agroecosistemas. Algo así sería una "obra predatoria que niega el cuidado y buen trato necesario para vivir junto a lo Otro, es contradicción inherente, contrasentido, traición a la tierra" (Giraldo, 2013, pág. 12). Pese a ello, es bastante común encontrar Agroecólogos que —hechizados por la lógica lineal y mecanicista de la agricultura convencional— apuestan por estos enfoques y desarrollan investigaciones reduccionistas para convalidar fusiones absurdas entre lo *orgánico y lo químico*, en función de optimizar la producción y obtener rendimientos económicos que son explicados mediante un lenguaje matemático —complicado— para confundir e impresionar.

Sobre lo anterior Norgaard y Sikor (1999, pág. 31), dicen de los agrónomos convencionales que estos dan por sentado «que la agricultura puede ser entendida en forma atomística, o en pequeñas partes. Debido a esto, se dividen en disciplinas y subdisciplinas estudiando las propiedades físicas del suelo separadamente de las propiedades biológicas y de la vida que este mantiene. Examinan la toxicidad de diferentes elementos químicos sobre los insectos, sin considerar la manera como los insectos interactúan entre sí y con las plantas». Lamentablemente estas premisas son comunes en Agroecólogos seducidos por dádivas económicas o intelectuales, que los llevan renunciar a sus convicciones y conocimientos, desvirtuando el sentido de la Agroecología como ciencia, estilo de vida y movimiento social. Algunos se encuentran en la academia disfrazados de investigadores y evangelizadores de la agricultura industrial[14] —o bien separando al campesino de

14 Muchos Agroecólogos disfrazan sus discursos y visiones lineales de la agricultura en tecnologías como la agroforestería o la agricultura ecológica, para derivar de ellas alternativas "sostenibles" que contienen rasgos de la

sus agroecosistemas encarnados en las premisas de la episteme moderna—, mostrando sus resultados en revistas de universidades y centros de investigación financiados por quienes defienden y justifican este tipo de agricultura. Otros están afuera, luciendo delantales y memorizando libretos para representar a la maquinaria perversa de las multinacionales que destruyen la vida, al imponer la visión de la fábrica como modelo a la naturaleza (Shiva, 2007). Entonces es claro que estos Agroecólogos, lejos de serlo, actúan como agrónomos convencionales que siguen estrictamente los métodos occidentales para poner un énfasis alto en experimentos controlados y, por tanto, reduccionistas, desconociendo que la Agroecología «toma en cuenta tanto el sistema agroecológico como el social en el que trabajan los agricultores, [y] pone un énfasis relativamente bajo a las investigaciones realizadas en los centros experimentales y en los laboratorios» (Norgaard & Sikor, 1999 pág, 31).

El modelo lineal de agricultura fuertemente dependiente de tóxicos químicos es consecuencia de la visión mercantil de la naturaleza, promovida por una red de aliados entre los que se encuentran las multinacionales que controlan literalmente la vida, los gobiernos manipulados y manipuladores que obedecen sistemáticamente a intereses capitalistas, las universidades que diseñan currículos para el capitalismo, y grupos de profesionales al servicio de la revolución verde y genética. Esto ha llevado a configurar los denominados paisajes del desarrollo, basados en sistemas agrícolas y pecuarios que responden a los imperativos del capitalismo global,

revolución verde. En muchos casos estas tecnologías han sido empleadas para validar una fertilización que combina abonos orgánicos con abonos de síntesis química, en lo que se aprecia un uso abusivo de los enfoques mixtos arriba mencionados.

a menudo considerado salvaje dada su insensibilidad social y ambiental. Ha sido tal su fuerza imperativa, que además de atentar contra la naturaleza, ha obligado a muchos campesinos a insertarse en sus lógicas mediante la transformación de sus paisajes naturales por paisajes del desarrollo, encarnando así "seres competitivos, destructivos, solitarios, desconfiados. Seres extraviados de la tierra y sometidos al engranaje de un sistema industrial que devasta las complejas tramas de la vida" (Giraldo, 2013, pág. 13).

Esto ha sido ampliamente evidenciado por la Agroecología, resaltando además la capacidad potencial de los campesinos y sus agroecosistemas para alimentar a la humanidad —si tan solo se contara con la voluntad política requerida—, prescindiendo de la tecnología convencional que ha resultado innecesaria, aunque útil para el incremento y la optimización de los rendimientos y las ganancias que tanto enceguecen al dios mercado. Frente a esto propone construir y re-construir agroecosistemas a través de técnicas milenariamente validadas, las cuales, además de proveer alimentos suficientes para la humanidad, cuestionan a las tecnologías convencionales por su capacidad destructiva, y su in-capacidad para resolver un hambre cuya solución es más política que tecnológica. De allí la importancia de volver a otra de las epistemes de la Agroecología: los saberes locales transmitidos por generaciones para re-unirse a la naturaleza, y aprender de ella habitándola a través de agroecosistemas, a lo que le dedicaremos las últimas páginas de este primer capítulo.

# 6. Saber local: filamento de un lenguaje natural y complejo

*El tiempo es un camino angosto y eterno que me lleva a tus adentros; un camino hecho de silencios que me aparta de una pesadilla dominante con verdades provectas, y me convierte en filamento de un lenguaje antiguo que habla de la vida en los mundos Otros.*

*(Jimmy Lugo)*

Como dijimos antes, en la posmodernidad se duda de la razón y la verdad científica como únicas formas de cuestionamiento y explicación de la realidad —según la visión moderna— para abrir paso a otras «verdades» o, si se quiere, saberes que explican —y llevan a reconocer— una pluralidad de realidades y mundos culturales diversos. Como dice Mignolo (2002), la trampa es que el discurso de la modernidad creó la ilusión de que el conocimiento es des-incorporado y des-localizado y que es necesario, desde todas las regiones del planeta, "subir" a la epistemología de la modernidad. La Agroecología —como ciencia posnormal inscrita, naturalmente, en la posmodernidad— se aproxima a los saberes locales para comprender esas plurirealidades y mundos cul-

turales construidos por campesinos, indígenas y afrodescendientes, transgrediendo así la legitimación modernista del conocimiento estructurado en disciplinas científicas, que han relegado esos saberes construidos milenariamente, "saberes históricos que fueron sepultados, enmascarados en coherencias funcionales o sistematizaciones formales (...), y que en cierto modo se dejaron en suspenso" (Foucault, 2000, pág. 21), resistiendo la presión hegemónica de la racionalidad científica modernista.

Los saberes locales se constituyen en una episteme de la Agroecología y permiten entender y comprender las interrelaciones complejas entre el campesino y la naturaleza, pues son una forma de concepción de la naturaleza que emergen por las diferentes formas de existencia, a partir de los cuales se obtienen supuestos que subyacen en la construcción de conocimiento en la ciencia agroecológica. El campesino, más allá de dominar a la naturaleza, ha aprendido de ella por milenios, acumulando saberes que les ha permitido habitar en sus espacios, imitando a la naturaleza mediante la construcción de agroecosistemas, por ejemplo. Un campesino de la vereda El Silencio en el municipio de Líbano (Tolima), nos dijo que para ellos no existía la naturaleza sino la *lecturaleza*, refiriéndose a esa naturaleza que a diario leen y escriben en sus fincas en forma de cultivos o agroecosistemas. Este es un buen ejemplo de geo-poética y geo-grafía a la que nos referimos antes. Entonces, aproximarnos a los saberes locales desde la Agroecología es

> explorar y comprender la capacidad de pervivencia de un principio de vida humana capaz, no solo de resistir a un proceso de globalización que va disolviendo a su paso todo origen, huella y rastro de las tradiciones (formas ancestrales, originarias y actuales del ser), sino de generar a partir de sus

> imaginarios, procesos sociales de construcción de mundos sustentables de vida. (Leff, 2010, pág. 6).

Los saberes son creaciones humanas milenarias que permiten comprender la realidad o plurirealidades en las que se encuentran insertos los diferentes grupos humanos, y así construir mundos culturales u ontologías relacionales. Los campesinos, por ejemplo, configuran mundos culturales consecuentes con sus cosmovisiones. El mundo cultural para Aron Gurwitsch, (citado por Díaz, 2004) es el mundo de la vida, un mundo apercibido, aprehendido e interpretado de una manera específica, según la consciencia que los interpreta. Es un mundo correspondiente a la vida mental. Mediante los saberes se construyen mundos culturales, al tiempo que los mundos culturales construyen saberes. De esta manera los saberes campesinos son formas de vida: una trama de filamentos conectados a la naturaleza y a otros campesinos, hasta configurar lenguajes complejos ajenos a la comprensión de la ciencia. No son saberes que hablan de la naturaleza sino que viven la naturaleza y se transmiten entre campesinos milenariamente, por eso *el tiempo es un camino angosto y eterno que me lleva a tus adentros*, a los adentros de esa naturaleza que enseña. Acertadamente se le han llamado saberes tradicionales, pues la tradición es "ese mensaje del pasado" (Bauman, 1999, pág. 141) que recuerda eso que los campesinos han hecho para ser lo que son, al interexistir con la naturaleza. Un mensaje que recuerda los sentidos que le han dado a la naturaleza al crear sus mundos de vida.

Las verdades científicas son probables, transitorias e incompletas. No existen verdades absolutas ni permanentes ya que fácilmente pueden ser sustituidas por otras verdades —como bien nos lo ha enseñado la filosofía e his-

toria de la ciencia—, y como bien lo indica un fragmento del poema: *un camino hecho de silencios que me aparta de una pesadilla dominante con verdades provectas*, pues para los saberes milenarios la episteme moderna es una pesadilla que los relegó. Los campesinos, más allá de formular verdades acumulan saberes mediante la interrelación —inter-existencia— con la naturaleza y sus lenguajes, hasta convertirse en *filamento de un lenguaje antiguo que habla de la vida en los mundos otros*, ese lenguaje antiguo de la naturaleza que le corresponde al campesino transportar en esa bella savia que llamamos saberes locales. Saberes que resultan por la observación y la práctica —como la construcción de agroecosistemas—, prácticas que resultan por la acumulación de saberes. Según Maturana & Varela (1984), todo acto humano tiene un lugar en el lenguaje. Los saberes locales son un lenguaje mediante el cual los campesinos perciben y representan la realidad. El lenguaje no solamente es conversación, también está presente en el actuar humano, en sus obras, en sus construcciones. El nombre común de una planta o un animal, por ejemplo, es la forma simbólica en que presentan y re-presentan su realidad. En cambio, el nombre científico es una categoría rígida que relega los significados conferidos a esa planta o animal. Los saberes locales no son elaboraciones intelectuales, sino constructos que resultan de experiencias sensibles al interrelacionarse con la naturaleza y con los Otros. El campesino, al reconocerse como naturaleza se hace *filamento de un lenguaje antiguo que habla de la vida en los mundos Otros.* Su cuerpo, su mente, su corazón, sus sentidos, son integrantes de esa madre naturaleza que le hereda sabiduría para habitar poéticamente, mediante transformaciones que configuran formas de vida equilibradas.

Corresponde a la Agroecología —y a los Agroecólogos— aproximarse a los saberes locales para aprender, des-aprender y re-aprender sobre esas otras formas de vida que tanto requieren la humanidad y el planeta. Son muchos los aportes y cambios que los saberes locales pueden hacer para pasar de una agricultura industrial —que responde a las lógicas excluyentes del mercado y atenta contra la vida— y volver a la agricultura tradicional cuyo principal fundamento es la alimentación humana tradicional. La Agroecología como ciencia ha desarrollado un marco teórico importante que puede ser unido al "marco práctico" desarrollado por campesinos e indígenas, en ese ajuste que Foucault (2000) denominó genealogía del saber, esto es el "acoplamiento de los conocimientos eruditos y de las memorias locales que permiten la constitución de un saber histórico de la lucha y la utilización de ese saber en las tácticas actuales" (p.22).

La unión entre el conocimiento científico y los saberes locales —la episteme agroecológica tiene raíces en el uno y el otro—, podría resultar, por ejemplo, en tecnologías agroecológicas para la construcción de agroecosistemas, o en el re-planteamiento del marco teórico mediante el cual se explica y promueve la agricultura desde la Agroecología y ciencias afines como la agronomía. Es interesante "imitar" la forma campesina de controlar insectos y tratar enfermedades en plantas y animales, simplemente con el uso de plantas que atraen o repelen. O incorporar árboles que atraen pájaros y murciélagos para la dispersión de semillas de árboles maderables. O aprender a detectar —mediante indicadores como ardor en los ojos, rasquiña en la piel, cosquilleo en la nariz— árboles maderables en el bosque. La Agroecología reconoce el enorme camino de los saberes locales por recorrer, y valora sus contribuciones para fortalecerla como cien-

cia y práctica. Aceptémoslo o no, los saberes locales existen mucho antes que los conocimientos científicos; urge entonces la articulación y el diálogo de saberes que conlleven a "plantear la construcción de nuevos conceptos para fundar una nueva racionalidad social y productiva" (Leff, 2006, pág. 7), más aún si se tiene en cuenta que los conocimientos agroecológicos se forjan en la interfase entre las cosmovisiones, las teorías y las prácticas (Leff, 2001), en lo que resulta esencial esas interrelaciones entre el mundo biofísico, humano y supernatural. En consecuencia, la única vía posible para salir de la crisis civilizatoria es "retornar a los conocimientos, haceres y formas de ser congruentes con los principios de los ecosistemas, es decir, que seamos capaces de habitar escuchando el lenguaje de la naturaleza" (Giraldo, 2013, pág. 34).

## 7. Consideraciones finales

En este capítulo hemos hecho un esfuerzo por entender a la Agroecología como una ciencia que necesariamente tiene que apartarse de la episteme moderna en la que aún se encuentra ubicada, y buscar un precavido lugar en la posmodernidad —sin abandonar, claro está, la racionalidad científica que propone soluciones razonables y medios interesantes para resolver parte de la crisis ambiental en la que nos encontramos inmersos—, entendiendo que la razón instrumental no es la única forma de comprender el Mundo-Uno que heredamos de occidente, sino, por el contrario, es necesario saltar de la episteme moderna a una pluri-episteme en la que se reconozcan los saberes locales que han acumulado las comunidades —o grupos subalternos, como los llama Escobar (2015)— durante milenios, con los cuales se configuran mundos culturales que superan la idea universal del único mundo que propuso y replegó la euromodernidad. En tal sentido, hemos iniciado con una crítica al proyecto narcisista e hiperconsumista que nuestra especie ha creado, para satisfacer necesidades inventadas por una lógica neoliberal que pondera la industrialización de la vida por encima del bienestar humano y la salud del planeta, al punto de apar-

tarnos de nosotros mismos y de la naturaleza para ponernos encima de ella y subyugarla a los imperativos del desarrollo sostenible, con lo que hemos desatado esa crisis ambiental a menudo denominada crisis civilizatoria o de conocimiento.

Aunado a lo anterior, hemos indicado que la crisis civilizatoria ha sido, en parte, la causa por la que ha aflorado un Pensamiento Ambiental que cuestiona al actual modelo de desarrollo y a la razón instrumental que ha cosificado a la naturaleza como un objeto que se explota, por lo cual, han surgido lo que hemos denominado nuevos enfoques científicos posnormales, como la Agroecología, que emergió para cuestionar los efectos que ha provocado el discurso del desarrollo sostenible en clave de revolución verde, al alterar lo ecosistémico y degradar la cultura campesina, indígena y afrodescendiente. Este cuestionamiento se hace desde la Agroecología como ciencia, como estilo de vida tradicional y milenario, y como un movimiento social al que le ha correspondido imaginar otra forma posible de interrelacionarnos con la naturaleza, apartando las gramáticas del actual modelo de desarrollo basado en la renta y el mercado. Decimos que la Agroecología es una ciencia posnormal y la ubicamos en la posmodernidad, entre otras cosas porque "se abre un estimulante camino hacia la democratización del conocimiento y se advierte el fin de la verdad científica absoluta. Se convoca la formulación de nuevos participantes en los nuevos diálogos, dando cabida a diferentes perspectivas y formas de conocimientos" (Funtowics & Jerome, 2000, pág. 8). Sin embargo, consideramos que para comprender la posnormalidad de la ciencia agroecológica es necesario entender qué es la modernidad y la posmodernidad, por lo que nos vimos abocados a tratar de hacer una breve síntesis de lo que caracteriza a cada uno de estos dos movimientos

culturales, tratando, en lo posible, de hallar coherencias y correspondencias con la Agroecología, pues, reiteramos, estamos convencidos que la Agroecología debe ser ubicada con (urgente) facilidad en la posmodernidad, en el sentido de rescatar y revalorizar la multiplicidad de saberes insertos en una pluralidad de realidades.

En un sentido amplio hemos dicho que, a nuestro juicio la Agroecología se refiere a esas formas como los campesinos e indígenas imitan a la naturaleza para resolver sus existencias, creando pequeños mundos espacio-temporales en los que conjugan saberes, anhelos y sentimientos para obtener los frutos de la tierra, por lo que se constituye en una forma de relación y un modo de ser en y con la naturaleza; con ello, se intentó superar la visión moderna de la Agroecología como una ciencia que diseña y estudia los agroecosistemas, y pasa a ser una ciencia que revalora los saberes y las técnicas validadas por campesinos, indígenas y afrodescendientes como formas de hacer frente a la crisis ambiental que se generó, entre otros, por los efectos de la revolución verde, cuyo éxito se debió a la agricultura química para aumentar y optimizar la producción —bajo el ridículo pretexto de solucionar el hambre— sin importar los daños culturales y ambientales. Entre tanto, la Agroecología incorpora la dimensión cultural y ecosistémica en el diseño de agroecosistemas, y su comprensión como formas de imitación de la naturaleza, resaltando siempre los saberes tradicionales.

También se abordó la geo-grafía y la geo-poética debido a la correspondencia que guarda con la Agroecología, pues esta identifica al agroecosistema como objeto de estudio, sin olvidarse del campesino que lo diseña, por lo que nos preguntamos si la Agroecología, además de tener un objeto también tiene un sujeto de estudio, pues es el campesino

quien imagina y crea al agroecosistema de acuerdo a sus expectativas, anhelos, saberes y sentimientos. La geo-grafía y la geo-poética se refieren a las grafías de la tierra y a la transformación de la misma desde su lenguaje, respectivamente. Así entonces, el agroecosistema encaja como una forma de escribir sobre la tierra imitando a la naturaleza, así como en una forma poética de transformarla, de lo que se deriva el habitar poético, entendido, a nuestro juicio, como una forma de relacionarse con el espacio para establecer una presencia en él, adentro de él; pues el campesino hace de su finca su espacio existencial, está inscrito en ella, es un elemento más del paisaje, es una extensión de sus agroecosistemas.

De esta manera, consideramos que el agroecosistema es una elaboración humana a través de la cual se poetiza sobre la tierra, por lo que diferimos con otras definiciones que muestran al agroecosistema como un espacio de producción atendiendo a unas dinámicas ecológicas para responder a las exigencias del mercado y la renta, pues consideramos que el agroecosistema va mucho más allá y, si bien se constituye en una forma abigarrada agri-cultural que el campesino construye al imitar a la naturaleza en espacios delimitados y tiempos específicos, resultando una trama compleja de plantas y animales en constante equilibrio, también es una forma en que el campesino halla sentido a su existencia, en él representan sus vínculos con la naturaleza. La forma de re-unirse y morar con los demás, de ser el Otro para cuidarlo y de paso cuidarse a sí mismo. Así, el agroecosistema es una forma de autorrealización humana, al permitir que el resto de los seres también se realicen.

Finalmente, abordamos los saberes locales como base epistémica de la Agroecología, pues esta ciencia se aproxima a ellos para comprender esas plurirealidades y mundos

culturales construidos por campesinos, indígenas y afrodescendientes, transgrediendo así la legitimación modernista del conocimiento estructurado en disciplinas científicas, que han relegado esos saberes construidos milenariamente; más aún si se tiene en cuenta que, como indica Toledo (1989), los conocimientos locales pertenecen a matrices socioculturales contrarias a la teorización y abstracción propias de la ciencia. Lo cual, como plantea Rivera (2014)

> no significa que sean realidades mudas; por el contrario, son fuentes vivas, susceptibles de interpretación y dotadas de sentido, que al entrar en contacto con los conocimientos científicos se disponen al encuentro intercultural con el fin de diseñar sistemas productivos agropecuarios que consideren de manera conjunta las dimensiones sociales, ambientales y económicas de su práctica (p. 29).

Estamos convencidos de la necesidad que tenemos de volver a los saberes locales acumulados y validados durante milenios, en los que se evidencia formas respetuosas de interrelación con la naturaleza, basado en el respeto, el misticismo y el enigma. Actualmente, existe una literatura copiosa que da cuenta de eso, y que sugiere además que el mundo campesino, indígena y afrodescendiente se constituye en un rico pluriverso dotado de sensibilidad, espiritualidad, sensualidad, encanto, que permiten fundar una nueva forma de ver, comprender y explicar la plurirealidad desde estas cosmovisiones.

CAPÍTULO

# DOS

## Hallazgos y relatos agroecológicos

*Para un soñador de palabras,*
*las hay que son conchas de palabras.*
*Sí, al oír ciertas palabras, como el niño oye el mar*
*en un caracol, un soñador de palabras escucha*
*los rumores de un mundo de sueños.*

*(Bachelard, 1960, pág. 80)*

En este segundo capítulo nos proponemos hablar sobre ciertas formas de ver y hacer la Agroecología en diferentes espacios campesinos, en los cuales esta se vuelve un estilo de vida, una visión de mundo, una configuración de sentido, una forma de crear órdenes estéticos, una interacción con la naturaleza para hallar sentido a la existencia e incluso estetizarla. Así, la Agroecología se convierte en una palabra que explica mundos culturales diversos, una palabra que funciona como esa concha de caracol en la que se oyen cientos de voces campesinas mientras horadan la tierra y la repliegan para surcar sus cultivos. Paul Valery dijo que *las palabras sueñan que las nombran*; y en su ser actual —agrega Bachelard (1960) — las palabras amasando sueños se vuelven realidades. Si bien en el primer capítulo en-soñamos la palabra Agroecología para comprenderla —si el lector nos lo permite— en su máxima expresión desde lo sensible; en este segundo queremos mostrar esa Agroecología hecha realidad en el habitar poético de diferentes familias campesinas, quienes, humildemente, nos permitieron entrar en sus mundos, haciéndonos parte de él, como única vía para comprender sus formas de existir y convivir. En estos hallazgos entendimos que la Agroecología —o más bien las distintas Agroecologías— va más allá de ser una simple práctica alrededor de la crianza animal y vegetal, y se constituye en una forma de existir y co-existir con el Otro, partiendo de la alteridad, el enigma, el respeto, la confianza,

el cuidado, para vivir, simplemente para vivir en relacionalidad, pues "nada (ninguna entidad) pre-existe a las relaciones que la constituyen" (Escobar, 2015, pág. 99), ya que, como anota este autor basándose en el budismo, nada existe, todo inter-existe.

De esta manera, hallamos la Agroecología implícita en diferentes lugares y artefactos: una vieja matera, al borde de la cocina, en una carretilla desvencijada, en la huerta abigarrada de plantas e insectos, en los cultivos a diferentes escalas, así como en espacios bastante reducidos donde lo sensible trasciende la racionalidad, como mostraremos más adelante. Esto nos permitió comprender que en esos mundos campesinos, el agroecosistema no se construye atendiendo a límites y escalas espaciales rigurosas y estandarizadas por la técnica agronómica convencional, y menos aún a formas geométricas euclidianas, pues el campesino construye, erige al agroecosistema cual obra de arte, atendiendo al lenguaje de la tierra para crear su propio ambiente. También hallamos la Agroecología en el sentir y el vivir campesino, en la organización y la movilización social, en la solidaridad con el vecino —aquel que habita en la proximidad, dicho desde una perspectiva Heideggeriana—, en la escuela y otros lugares insospechados ante la mirada paradigmática del ojo positivista, cartesiano y economicista. Esto, sin duda, nos hizo pensar una vez más que la Agroecología no se lleva a las fincas campesinas, si no, más bien, desde allí se descubre y re-descubre, se percibe, se siente y se vive, pero también se comprende la resonancia de la simplicidad a la hora de re-crear a la Agroecología en las geo-grafías y geo-poéticas en las cuales se inscribe.

Fueron siete fincas campesinas en las que se hicieron hallazgos agroecológicos, esto es prácticas visibles y ocultas,

muchas veces, tanto para nosotros como para los campesinos que la re-crean y que sus "formas de pensar han mantenido vivas las formas relacionales de existir" (Escobar, 2015, pág. 60). Bagno (2013) dice que la tarea del lingüista es descubrir y explicar lo que el hablante sabe, pero no sabe que sabe; pues bien, como Agroecólogos nos correspondió descubrir en los campesinos y sus fincas esa Agroecología que saben y practican sin saber que así se llama, Agroecología, y que re-crean en diferentes lugares y artefactos a diferentes escalas y proporciones, esto es, diferentes agroecosistemas. Lugares y artefactos mediante los cuales simbolizan sus espacios, estetizan su existencia y se convierten en puntos de referencia para sentirse campesinos, sujetos volcados en un espacio natural que les pertenece y son pertenencia de ellos. En estos lugares y artefactos re-crean la Agroecología para configurar las imágenes que explican sus formas de ver e interpretar el mundo, imágenes que se construyen como resultado de sus saberes, tradiciones, intuiciones y experiencias sensibles. En estos hallazgos agroecológicos fue posible apreciar lo que Boff (2012, pág. 15) describe como el cuidado: "una relación amorosa, respetuosa y no agresiva, y por eso no destructiva, con la realidad". Cuidar la planta, el animal, el cultivo, el fruto, las flores, es cuidar de sí mismo, es hallarle sentido a la existencia, pues el "cuidar y ser cuidado son dos requerimientos fundamentales de nuestra existencia personal y social" (Boff, 2012, p.19). Lo anterior, permite pensar que aún con el avance impresionante que ha tenido la Agroecología desde su emergencia como ciencia, estilo de vida y movimiento social en América Latina, reflejada en una abundante literatura, se requiere ampliar sus bases epistemológicas y teóricas incluyendo argumentos que se hacen visibles en espacios como la finca campesina, donde

la práctica ontológica relacional sugiere diferentes perspectivas para su comprensión.

# 8. Corregimiento Coello-Cócora, vereda Los Pastos, municipio de Cajamarca, Tolima

## 8.1. Finca La Esterlina

— ***Hallazgo 1. El café... una re-conversión lenta y obligada...***

La Esterlina, una pequeña finca de nueve hectáreas ubicada en paisajes escabrosos, propiedad de Isabel, Toño y Carlos, tres hermanos campesinos que la habitan hace más de cincuenta años. Sus infancias y juventudes transcurrieron allí, entre matas de café, plátano, cítricos, hortalizas, rastrojos y animales, inscripciones que desde siempre han realizado sobre sus tierras para resolver sus existencias y hallar sentido a sus vidas campesinas. El café ha sido el cultivo de mayor importancia económica familiar; sus padres como ellos han disfrutado de sus bondades gracias a las bonanzas históricas, pero también han padecido sus desdichas provocadas por lógicas estatales, gremiales y de mercado que escapan a su comprensión. Hoy las matas de café están enfermas, no responden a los tratamientos que Toño y Carlos, ahogados en la incertidumbre, les proveen para recuperarlas. Nada parece

funcionar. Son otros tiempos, otros climas, otras variedades, otros suelos, otras políticas y otras técnicas muy distintas a la época de sus padres; aun así, jamás renunciarán a su vocación cafetera.

Desde hace algún tiempo, Toño y Carlos, en un acto de rebeldía y descontento por los desaciertos técnicos del gremio cafetero, decidieron volver a sus prácticas tradicionales aprendidas de sus padres, por lo que gran parte del cultivo está disperso en la finca y no congregado en intervalos regulares, mezclado entre árboles de naranja, aguacate, matas de plátano, arbustos, yerbas y bejucos, haciendo de la finca un cuadro abigarrado de vegetación densa con apariencias similares a los rastrojos maduros. Las matas de café se están "dejando quietas" entre el rastrojo, haciendo parte de la regeneración natural, liberadas del protocolo técnico gremial que sugiere la aplicación de tóxicos para alcanzar los "óptimos rendimientos". Esto, sin duda, no encaja en las visiones reduccionistas y economicistas del gremio. Como diría Restrepo (2004, pág. 78): "esta complejidad y heterogeneidad, generalmente aparece como caos e ignorancia (en este caso de los campesinos) a los ojos de tecnócratas y foráneos (...)" que se resisten a comprender estas configuraciones del paisaje agrícola. La técnica del "abandono" ha conllevado a una lenta pero sustancial recuperación de gran parte del café. A nuestro juicio, esta práctica de reconversión es una forma implícita de re-crear la Agroecología, pues se configura un agroecosistema en el que se permite la articulación de las matas a una dinámica natural, en la que no se requiere la aplicación de insumos de síntesis química ni de composiciones orgánicas, provocando en estos tres campesinos otros "(...) modelos locales de representación y manejo del entorno" (Restrepo, 2004, pág. 78). Quedaría pendiente, si se quiere,

un estudio que estime los rendimientos de este agroecosistema en esta finca en específico.

*Figura 2.* El café... una re-conversión lenta y obligada. Rodríguez (2016)

— ***Hallazgo 2. Ahuyama, flores, musas y trastos...***

Entre los matorrales que caracterizan a La Esterlina, Isabel y su cuñada, Blanca Nieves, se apropian de un pequeño espacio el cual simbolizan con una mata de ahuyama y otra de veranera —planta que produce flores con matices rojo y naranja—; signos mediante los cuales configuran un orden estético que armoniza el entorno, dotándolo de sensibilidad, belleza y sentido. La veranera —soportada en trastos de guadua ordenados según la expansión de las ramas— y la ahuyama —planta que se extiende a sus anchas para colonizar el suelo que le autorizan—, están rodeadas de árboles de naranja y matas de plátano, musas paradisíacas que ondean sus hojas por antojo del viento y dan la impresión de saludar

a quienes las contemplan. En este pequeño agro-ecosistema —ubicado junto a la cocina, lugar en el que permanecen estas mujeres gran parte del día—, devienen prácticas agroecológicas como riego y suministro de residuos de cocina, mucílago de café y gallinaza; desechos biológicos que se depositan, principalmente, en el suelo de la ahuyama, considerada por Isabel y Blanca Nieves como el único cultivo que les pertenece, que lo sienten suyo, su cuidado es especial, está inscrito en el conjunto de sus responsabilidades cotidianas. No saben cómo creció allí, a lo mejor de otros residuos de cocina, quizá. Cuando notaron su emergencia adecuaron el suelo para hacerlo propicio a su crecimiento.

*Figura 3.* Ahuyama, flores, musas y trastos. Rodríguez (2016)

El café, dicen, es de Carlos y Toño, la ahuyama y las flores son de ellas, un pequeño agro-ecosistema que configura todo un mundo cultural basado en el cuidado y la estética. ¿Cuántas ahuyamas han cosechado? No lo saben con exactitud, ni les interesa, simplemente les conforma saber que

son frutos orgánicos que luego vuelven a la tierra —en forma de residuos— para mantener un ciclo natural —agroecológico—, que se complementa con Otro emocional.

### 8.2. Finca Moscú

— ***Hallazgo 3. La huerta agroecológica: con-figuración de otros espacios para soportar la existencia y huir del olvido...***

Don Héctor Sandoval —un hombre septuagenario de mediana estatura— es un campesino sin tierra y sin familia, nada más es dueño de sus historias, su soledad y del desbordante amor por el campo. Hace algunos años, después de muchas andanzas y experiencias no tan gratas, se instaló nuevamente en su tierra, la misma donde un día, seducido por negocios desacertados, vendió lo único que había logrado conseguir a lo largo de su vida: una pequeña finca en la que —según nos dijo— simplemente se dedicaba a ser feliz. El dinero se disolvió atendiendo las urgencias cotidianas hasta perderlo todo casi sin darse cuenta. Poco le gusta hablar y recordar esos tiempos en los que la vida le mostró el rostro más feo del mundo. No le fue fácil empezar de cero; sin embargo, su carácter servicial y benevolente le ha hecho merecedor de la solidaridad de sus amigos, quienes, incondicionalmente, le han brindado regocijo en sus hogares. Según él, la comida y la dormida no le faltan, pero su finca, su terruño, su espacio existencial perdido lo hace sentir incompleto y vacío.

Hace algún tiempo él y los propietarios de la finca Moscú convinieron un acuerdo: cuidar la finca a cambio de poder usar ciertos espacios —bastantes reducidos— en los que cultiva lo que su fatigado físico le permite. La finca Moscú tiene una extensión de ocho hectáreas casi todas cultivadas

con café. A don Héctor solamente se le permite cultivar en los alrededores de la casa, específicamente en dos lotes —pequeños en tamaño pero enormes por el sentido que adquieren— en los cuales confluye la Agroecología y se funda un motivo para alegrar la existencia.

*Figura 4.* La huerta agroecológica: con-figuración de otros espacios para soportar la existencia y huir del olvido. Rodríguez (2016)

El primero, es un espacio de seis metros cuadrados en el que siembra cebolla, maíz, fríjol, tomate cherry y una que otra planta medicinal. El segundo es más reducido aún. Sobre terreno empinado. Allí solamente crece una planta de ahuyama que don Héctor muestra con orgullo. Esto es pequeño —dijo— pero es lo que me permite vivir. Con ello no se refería precisamente a la obtención de dinero en metálico, sino a la oportunidad que tiene para labrar y surcar la tierra, o mejor aún, para poetizarla, esto es habitarla y dejarse habitar por ella mediante cultivos que le recuerdan su esencia

campesina, que le permiten recordar su identidad, memoria e imagen, y que le otorgan sentido a su diario vivir. En esos pequeños lotes ajenos con-figura su mundo, su patria cultural, el sentido de su vida, mediante prácticas agroecológicas que han sido ampliamente validadas por campesinos como él y documentadas por Agroecólogos como nosotros. Allí, pasa gran parte del día consintiendo a sus plantas con enmiendas orgánicas que obtiene en la finca. Vegetales libres de tóxicos que intercambia con sus vecinos o que vende ocasionalmente.

En esas parcelas no hay problemas de plagas y enfermedades, pues la vegetación espontánea que crece en medio de las hortalizas es la encargada de satisfacer el apetito de los insectos. Los restos de la cosecha los re-incorpora en el suelo para remineralizarlo, el cual, después de un tiempo breve, está listo no solo para albergar hortalizas y otras hierbas de nuevo, sino también para permitirle a don Héctor sumergirse en su realidad campesina. Estas parcelas agroecológicas fueron creadas para con-figurar una representación individual, y evidencian que la Agroecología se replica, se practica y se re-pite —se vuelve a pedir (Pardo, 1997) —, sin importar la escala, ni menos aún, la necesidad obligada de responder a las lógicas del mercado, basta, simplemente, con otorgar sentido a la existencia, al que hacer o al vivir campesino.

### 8.3. Finca el Agrado

— ***Hallazgo 4. Hortalizas y aromáticas en claros abiertos entre el café y la espesura del rastrojo...***

Don Reynaldo es un hombre enigmático, de pocas palabras, gestos amables y mirada maliciosa. Su voz es lenta y respira hondo antes de responder a cualquier cosa que se le pregun-

te. Sus manos gruesas y callosas son una prueba tangible de toda una vida laboriosa en el campo. Desde hace muchos años él y su familia viven en el Agrado, una pequeña finca en la montaña. Es un hombre con una admiración mística por la naturaleza, como puede apreciarse en sus relatos construidos a partir de sus vivencias en el monte. El sustento familiar se deriva del extenso cultivo de café que cubre casi toda el área de su finca: cientos de matas dispersas en una matriz de tierra inclinada que con-figuran un paisaje agrícola homogéneo. El café es un cultivo exigente porque demanda tiempo, dedicación y dinero, pero, aun así don Reynaldo se las arregla para ocuparse de las acelgas, las cebollas, las zanahorias y las aromáticas, cultivos de traspatio con vocación agroecológica que siembra en dos claros de su finca: uno entre el cultivo de café y otro en medio del rastrojo.

Desde hace un tiempo don Reynaldo y su familia decidieron interrumpir el encuadre técnico de su cultivo de café, y abrieron un claro superior a los cincuenta metros cuadrados para sembrar fríjol, cebolla y acelga, justo en la parte superior del terreno —sin duda, esta decisión sería desaprobada por el riguroso criterio de cualquier técnico gremial—. A simple vista se aprecia que el suelo de este claro es rico en materia orgánica. Don Reynaldo y su familia lo fertilizan con mucílago de café, hojarasca y otros restos vegetales, y no con los abonos recomendados por el gremio cafetero, los cuales, según les dicen, son permitidos en la agricultura orgánica. El otro claro tiene lugar entre el rastrojo, justo detrás de la casa. Allí siembran, además de cebolla, acelga y fríjol, zanahoria, repollo y una gran cantidad de plantas aromáticas entre las que se encuentra el tomillo, el laurel, la ruda y el paico. Este claro también es preparado con las mismas enmiendas orgánicas del anterior, y se

permite el crecimiento de la vegetación espontánea para proteger el suelo de los rayos solares y ofrecer alimento a los insectos atraídos por las hortalizas.

Estos claros se constituyen en subterfugios que erige la familia para el re-encuentro con ellos mismos, con su ser y su existir campesino, al permitirles apartarse de los rigurosos protocolos técnicos de siembra y administración del café, instituidos por el cuerpo gremial. Cuando están en las plantaciones de café deben seguir las recomendaciones de los tecnócratas; mientras que en los claros simplemente siguen sus instintos, sus conocimientos, sus espiritualidades y re-crean la Agroecología para volver a sus prácticas tradicionales de subsistencia. Las plantaciones de café les facilita la generación de ingresos económicos, mientras que los "claros agroecológicos" promueven la integración familiar, la alteridad, la admiración por la vida y el respeto por la tierra. Estos claros agroecológicos son auténticos agroecosistemas que se con-figuran siguiendo el lenguaje de la naturaleza, y no a los protocolos diseñados en función de maximizar ganancias y optimizar procesos, en los que el hombre y la naturaleza son considerados como parte de la mercancía.

*Figuras 5 y 6.* Hortalizas y aromáticas en claros abiertos entre el café y la espesura del rastrojo. Rodríguez (2016)

— ***Hallazgo 5. Agroecología en la escuela... un espacio para el aprendizaje, la colaboración y la alteridad...***

Los niños de la escuela de primaria Coello-Cócora se dan cita cada día en un aula de aprendizaje interesante, enigmática y divertida: la huerta escolar, un espacio en el que comparten, experimentan y cultivan no solo hortalizas, sino

también valores, sonrisas, ternura, sensibilidad y admiración por la vida. El huerto escolar fue construido por ellos mismos hace pocos meses —con ayuda de su profesora—, en un espacio de sesenta metros cuadrados en los que sembraron cebolla, fríjol y habichuela. Desde entonces se ha convertido en un acontecimiento para sus vidas. Las plantas son sus familias, les cantan, les hablan, les bailan, las cuidan procurándole abono y riego, y ellas hacen parte de sus narrativas, sus cotidianidades, sus referencias. Han sido testigos pacientes de su crecimiento, desde que germinaron de aquellas semillas diminutas que enterraron con delicadeza en el suelo negro y mojado.

*Figura 7.* Agroecología en la escuela... un espacio para el aprendizaje, la colaboración y la alteridad. Rodríguez (2016)

El huerto ha sido el aula en el que han comprendido con facilidad palabras como árbol, bosque, agua, tierra, montaña, naturaleza, insectos; pero también les ha facilitado

comprender algunas más elaboradas como ecología, ciencias naturales, biología, entre otras. Si bien la palabra Agroecología no ha sido puesta en contexto directamente, implícitamente la comprenden, pues saben que el insecto es benéfico para la planta, que los agro-tóxicos son peligrosos, que los abonos orgánicos procuran vegetales sanos y que el huerto es una forma de imitar a la naturaleza. Cada niño se apropia de una planta, la llama por un nombre y cuida de ella como si cuidara de él mismo; así simbolizan ese huerto en el que se ven re-presentados. El huerto escolar, un acontecimiento maravilloso inspirado en la ternura de los herederos de una naturaleza enferma que urge de esa admirable sensibilidad, respeto y admiración por la vida.

# 9. Corregimiento El Convenio, vereda El Silencio, municipio de Líbano, Tolima

## 9.1. Finca Evenecer

— ***Hallazgo 5. Transiciones agroecológicas: política, organización, movilización social y alimentos orgánicos... transformación de un estilo de vida...***

La finca Evenecer es propiedad de don Wilson y doña Marleny, allí viven con sus hijas y nietos desde hace algunas décadas. Evenecer es un nombre bíblico que significa *hasta aquí me ayudó Dios*, frase de amplia resonancia para dos esposos creyentes temerosos del poder de su Dios. Sin duda, este significado se ha constituido en una perspectiva de vida, en un imaginario colectivo, es como si dijeran *hasta aquí me ayudó Dios y en adelante me corresponde a mí*, por lo que han dependido de sus actos, sus intenciones, sus voluntades, sus aspiraciones, sus espiritualidades y sus formas de vivir para alcanzar ese proyecto de vida imaginado, del cual resulta interesante que la transición agroecológica sea uno de los aspectos transversales. Basta recorrer Evenecer para comprobar que allí confluyen distintas agroecologías: una relacionada con la política y otra con la producción orgánica, como mostraremos a continuación.

Don Wilson y doña Marleny han sido caficultores gran parte de sus vidas. Por años siguieron obedientemente los protocolos instituidos por el gremio cafetero, adoptaron puntualmente sus recomendaciones técnicas y tecnológicas, y participaron activamente en talleres, reuniones y demás actos convocados por el gremio, para promover en sus caficultores un agroecosistema que guarda estrecha coherencia con la práctica ontológica moderna. Sin embargo, desde hace algunos años han adoptado una actitud rebelde, inconforme y molesta frente a las incursiones gremiales, y no es para menos, pues desde que entraron a participar en el proceso de transición agroecológica promovida por la Pastoral Social, sus perspectivas han cambiado, fundaron el imaginario de que la Agroecología es un estilo de vida y un movimiento social que puede conllevar a transformaciones sociales y productivas tan valiosas como necesarias. De esta manera adoptaron una actitud hereje frente a la agremiación cafetera bajo tres iniciativas: primero, no seguirían sus recomendaciones técnicas y volverían a sus prácticas tradicionales; segundo, no permitirían la participación de representantes de multinacionales agro-tóxicas en las reuniones del gremio; y por último, promoverían la participación de algún miembro de su comunidad en el comité local de cafeteros. Al comienzo —como suelen suceder en los inicios de la movilización social— las cosas no resultaron fáciles, pero poco a poco la comunidad, mediante líderes como don Wilson y doña Marleny, fue participando en este proceso político y de reconversión productiva.

Frente a lo anterior, don Wilson y doña Marleny, así como algunos de sus vecinos, como don Alirio Zuleta[15]—

15 Don Alirio es un vecino precursor del proceso de transición agroecológica de la vereda. Su finca, Bellavista, también es un laboratorio agroecológico en el que lleva a cabo experimentos con gallinaza y otras enmiendas orgánicas

otro Agroecólogo por convicción— empezaron por abandonar radicalmente el enfoque de monocultivo del café y re-incorporar al árbol como fuente de sombra, según se ha hecho tradicionalmente. Es decir, dieron rienda suelta a la transición agroecológica, por lo que en su finca no se aplica un solo gramo de agro-tóxicos hace más de ocho años. Esto hizo que los representantes de las casas comerciales —con su firme propósito de promover el uso de sus insumos tóxicos en el cultivo de café— gradualmente dejaran de asistir a sus reuniones. Por último, la promoción de la movilización social en la vereda hizo que doña Marleny ganara un puesto en la mesa directiva del comité local de cafeteros, para representar los intereses de su comunidad, así como lograr avances importantes en la gestión de recursos para su territorio. Sin duda, estas iniciativas consolidan la dimensión política de la Agroecología, expresada en la "articulación de un conjunto de experiencias productivas mediante proyectos políticos que pretendan la nivelación de las desigualdades generadas en el proceso histórico (...)" (Sevilla, 2007, pág. 207), en este caso de la vereda El Silencio mediante redes de cooperación emergentes y sinérgicas, basadas, naturalmente, en el bienestar común.

A través del liderazgo comunitario que ejercen don Wilson y doña Marleny, promueven también la transición del cultivo del café mediante prácticas agroecológicas que van desde la re-incorporación de árboles, hasta la aplicación de diferentes abonos orgánicos —líquidos y sólidos— fabricados por ellos mismos. Su participación en el proceso liderado por la Pastoral Social les ha permitido adquirir co-

para la fertilización de la huerta y el cultivo del café. Se podría decir que allí se han replicado las mismas experiencias del Evenecer casi en forma simultánea.

nocimientos mediante giras por diferentes partes del país, en las que han conocido experiencias exitosas sobre transición agroecológica y han aprendido sobre fabricación de abonos orgánicos, manejo integral del suelo, control biológico, entre otras tecnologías que han sido ampliamente validadas en su finca. Hoy en día fabrican caldos microbiológicos, caldos de ceniza, lombricompost y algunos controladores naturales con los cuales don Wilson fertiliza el cultivo de café —y lo protege de insectos que resultan benéficos para otras plantas del Evenecer—, y doña Marleny la huerta, su laboratorio pero también su espacio de felicidad y expectativa, pues a partir de ella ha proyectado abastecer hortalizas orgánicas al municipio de Líbano. Actualmente, la transición agroecológica ha hecho posible la creación de *WilMar*, un café agroecológico que producen en su finca y que comercializan en la vereda como en el municipio del Líbano. *WilMar* simboliza la encarnación de la Agroecología en sus mentes, sus narrativas, sus prácticas, su tradicionalidad, su cotidianidad, su expectativa y su apuesta por un estilo de vida basado en el respeto por el otro que se condensa en sus agroecosistemas.

La huerta es un espacio biodiverso de más de ochenta metros cuadrados —cubierto por una malla adherida a trastos de madera— en los que se hallan sembradas diversas hortalizas para el autoconsumo y la comercialización: acelga, pepino, frijol, cilantro, tomate, apio, cebolla, sábila, espinaca, plantas aromáticas y medicinales, maíz, entre muchas más. La huerta es el laboratorio en el que doña Marleny pone a prueba las prácticas agroecológicas aprendidas durante los últimos ocho años con la Pastoral Social. Es un sitio para mostrar, quizá por ello la construyó junto a la puerta principal de la casa, desde allí se aprecia en toda su magnitud. Sin duda es un espacio acogedor, agradable a la vista, un elemen-

to decorativo del paisaje agrícola del Evenecer. Un espacio para enseñar y aprender Agroecología, para comprender el amor por la vida, para apreciar la mística mediante la cual diminutas semillas ligeramente enterradas en surcos y pliegues llegan a dibujar expresiones vegetales admirables. La huerta es la representación de un proyecto de vida familiar, el resumen de un proceso que, según los propietarios, apenas comienza. Don Wilson y doña Marleny están convencidos de querer hacer algo por la naturaleza y la humanidad desde ese mundo cultural, Evenecer, ese pluri-verso agroecológico en construcción.

*Figura 8.* Transiciones agroecológicas: política, organización, movilización social y alimentos orgánicos... transformación de un estilo de vida. Rodríguez (2016)

## 10. Consideraciones finales

Hemos visto hasta ahora una pluralidad de mundos culturales con-figurados por el modo de vivir campesino, en los cuales se halla implícita la Agroecología como estilo de vida, movimiento social y de producción armónica. Los agroecosistemas descritos son actos poéticos que re-crean la vida, dinamizan los ciclos naturales y posibilitan el permanecer, el estar ahí, el habitar del campesino en una forma relacional o inter-existencial. Estos mundos culturales —agroecológicos, agroecosistémicos— aunque son bastante comunes se han mantenido in-visibilizados por esos "modos occidentales" de comprender la realidad o Mundo-Uno [16]. Incluso por la visión cartesiana de algunos Agroecólogos que los describen en forma sesgada. Para las ciencias agrarias convencionales, por ejemplo, resulta innecesario y poco llamativo comprender las formas de vida campesina hasta ahora expuestas, pues, como hemos dicho antes, sus prioridades gravitan alrededor de los rendimientos, las ganancias, la explotación y un largo etcétera de gramáticas capitalistas, que des-valorizan los

16 Aunque visibilizados adentro de sus territorios-mundo por los otros (campesinos).

aportes que de allí pueden resultar para re-pensar otras formas de vivir y existir, la construcción de otros mundos posibles, el rescate de viejas praxis, la re-elaboración de nuevas epistemes para comprender las pluri-realidades, la re-con-figuración de otras academias, la alteridad como principio de vida y muchos otros aspectos.

En estos mundos culturales o, si se quiere, agroecológicos, es posible apreciar cómo quienes habitan desde la perspectiva del desarrollo, se «salen» o trascienden el modelo capital conformando sus propios modelos económicos, donde incluyen prácticas estéticas como el intercambio cultural y la re-simbolización de la tierra, por ejemplo. Desde lo espiritual, se aprecian otras prácticas, otras creencias y otras relaciones con la tierra y su entorno. Desde lo técnico, se observa la mixtura de prácticas antiguas y nuevas, prevaleciendo los saberes culturales. Esto permite entender a la Agroecología como una revolución familiar, dada la renovación del papel del hombre y la mujer en relación con la tierra, de los jóvenes que garantizan el relevo generacional y, aunado a ello, la permanencia de dichas prácticas en el tiempo.

A lo largo de esta "investigación" hemos aprendido que para comprender la Agroecología primero hay que hallarla, apreciarla y admirarla a través del campesino: ese sujeto que la re-crea sin importar la escala, los componentes, las estructuras, ni menos aún el afán de responder a las externalidades de su mundo cultural; el mismo que ve un agroecosistema donde otros veríamos trastos sin sentido: una carretilla, un balde, una letrina en desuso, una olla derruida, una llanta desgastada, una atarraya abandonada... y otra suerte de objetos que le resultan útiles para con-figurar espacios existenciales, de sentido, ordenes estéticos o, simplemente, figuraciones que construye siguiendo el instinto

y la admiración enigmática que tiene por la naturaleza a la que pertenece. Nuestro propósito a continuación es mostrar precisamente esos otros agroecosistemas o, si se quiere, esas Agroecologías que emergen en trastos carentes de valor en otros contextos. Agroecologías simples en apariencia, pero complejas y ricas en contenido por el significado que adquieren en el mundo campesino.

CAPÍTULO

# TRES

# Espacios vitales y otras texturas agroecológicas

*Una fotografía es un secreto sobre un secreto,*
*cuanto más te cuenta menos sabes*

*(Arbus, 2009, pág. 1)*

Como dijimos antes, la Agroecología es una palabra que merece ser abierta para ver su contenido, una concha de caracol que merece ser puesta en el oído para escuchar sus músicas, un lenguaje con muchos lenguajes que hablan de un quehacer campesino milenario entramando la vida en claves agri-culturales que dan forma a otros mundos. Así, la Agroecología es una forma de comprender el vínculo y la re-unión con la naturaleza habitándola y dejándose habitar por ella. Hasta ahora hemos intentado mostrar esto y mucho más de esta hermosa e interesante ciencia, estilo de vida y movimiento social. Sin embargo, como suele ocurrir con los hechos de la vida, hay cosas que jamás podrán ser explicadas con las palabras y requieren, simplemente, ser mostradas, como ocurrió en Macondo, cuando el mundo era tan reciente, que muchas cosas carecían de su nombre y para mencionarlas había que señalarlas con el dedo. Esto ocurre exactamente con esa otra Agroecología que se encuentra por fuera de la episteme moderna occidental, en la que hallamos un océano impresionante que debemos navegar en todas sus costas para comprenderla, pues una finca campesina es un mundo en el que a diario se descubren cosas que, al no poder ser explicadas con las palabras, surge la necesidad de apelar al lenguaje poético de la fotografía.

A lo largo de esta investigación capturamos con nuestras cámaras fotográficas una cantidad incierta de imágenes que nos ayudaron a comprender la Agroecología y los agroecosistemas como una forma de habitar poéticamente, en

las que las palabras se quedan cortas para comprender sus significados, sus sentidos y correspondencias con la Agroecología como una forma de estetizar la existencia. Como dijo Susan Sontag, la fotografía es una manera de mirar, no es una mirada misma. En tal sentido, en este último capítulo abordamos, luego de una discutida y detallada selección, catorce fotografías que, creemos, nos ayudarán a mirar esa Agroecología implícita en el ser, hacer y conocer campesino, apartada de la episteme moderna que la reduce a una simple práctica agronómica con enfoque orgánico y ecológico. Esperamos, entonces, que el recorrido a lo largo de esta bitácora de imágenes permita comprender esas Agroecologías que subyacen la vida campesina, como parte del entramado agri-cultural que se percibe en sus agroecosistemas, pues, como bien sabemos, "la fotografía no puede cambiar la realidad pero sí puede mostrarla" (McCullin, 2013, pág. 1).

*Figura 9.* Cuéntamelo en la huerta.
Rodríguez (2016)

*Figura 10.* Juntos haciendo sombra.
Rodríguez (2016)

*Figura 11.* Nieto y cosecha, frutos de la existencia. Rodríguez (2016)

*Figura 12.* Descubriendo un pequeño mundo. Rodríguez (2016)

*Figura 13.* Acelga mirando el tronco. Rodríguez (2016)

*Figura 14.* Otros agroecosistemas. Rodríguez (2016)

*Figura 15.* Lloran los ranchos solitarios... Rodríguez (2016)

*Figura 16.* Por un camino de herradura yo crecí... Rodríguez (2016)

*Figura 17.* El cuadro de una mujer campesina.
Rodríguez (2016)

*Figura 18....y los días pasan junto a la tibieza de la hornilla.*
Rodríguez (2016)

*Figura 19.* Revolcando la vida. Rodríguez (2016)

*Figura 20.* Racimo y pala, mancha y barro. Rodríguez (2016)

*Figura 21.* Contando las hojas enfermas. Rodríguez (2016)

## 1
## Cuéntamelo en la huerta...

La huerta es un pequeño espacio en el que cabe un gran mundo que llega hasta donde llegan las risas, las historias y los sueños. La huerta es un aula más de la escuela. Un salón donde convergen el misterio, la admiración y el respeto por la vida. Un pequeño laboratorio donde un día, esa pequeña semillita que se perdía en el cofrecito de la mano, fue enterrada en un hoyo imperceptible del que brotaron plantas diminutas que adornaron la huerta y matizaron el aprendizaje .

## 2
## Juntos haciendo sombra

Para la agronomía convencional serían tres simples cebollas. Tres. Un número. Una cantidad. Una utilidad. Para la Agroecología, más allá de eso, serían tres pequeños mundos poetizando la tierra, el surco, la huerta. Tres bulbos que extienden sus follajes pidiendo a las manos campesinas que los convierta en parte de sus vidas.

## 3
## Nieto y cosecha, frutos de la existencia

La cosecha es un modo de ser, hacer y conocer campesino. Nieto y cosecha, tautología que robustece el orgullo, frase de aquel bello poema que llamamos vida y estribillo de esa bella canción llamada existencia. Nieto y cosecha... expresiones de sentido y amor por un mundo cultural con inscripciones y descripciones agroecológicas.

**4**

**Descubriendo un pequeño mundo**

La finca campesina es un cosmos enigmático en el que todos los días hay algo por descubrir. Esa ahuyama es un pequeño mundo oculto entre las arvenses de la ladera, apartada de los protocolos que la intoxican y la cuantifican. Un pequeño mundo que el campesino protege con mística y admiración porque se ve reflejado en él. Cuando habla de la ahuyama habla de él mismo. Él y la ahuyama, su agroecosistema, son un mismo mundo que se cubre y se des-cubre.

**5**

**Acelga mirando el tronco**

Un conjunto de acelgas que crecen en un trasto viejo y desvencijado configuran un pequeño agroecosistema, que para la racionalidad occidental encajaría más en un estilo de jardinería, pero para la racionalidad campesina es un mundo agri-cultural y, a su vez, una configuración que otorga sentido al ser, hacer y conocer campesino. Una de las acelgas se inclina hacia adelante queriendo mirar a ese tronco en descomposición que sostiene al trasto en el que crece junto a las demás; o tal vez sea una forma de venerar la voluntad y la nobleza de ese tronco que se resiste a dejar de ser un soporte de la vida, remembrando el follaje y los frutos que una vez sostuvo.

**6**

**Otros agroecosistemas**

En un espacio contiguo a la casa, se crean otros agroecosistemas con plantas aromáticas y medicinales que crecen, de nuevo, en trastos viejos y desvencijados que, lejos de perder su utilidad, se convierten en soportes de la vida que recrea

ese entramado agri-cultural de sábila, marihuana, menta, laurel, tomillo y otras más. Otros agroecosistemas... otras escrituras sobre la tierra para estetizar y poetizar lugares de sentido, configuraciones agroecológicas inscritas y descritas por lenguajes campesinos.

### 7
### Lloran los ranchos solitarios

"Lloran los ranchos solitarios, no hay calor, muchos murieron de abandono y soledad, los que nos fuimos a buscar vida mejor, hoy regresamos solamente a recordar" (Caminito de herradura. Cantautor: Jaime Castro y los Filipichines).

### 8
### Por un camino de herradura yo crecí

"Por un camino de herradura yo crecí, desenredándome en la greda y el barrial, desenterraba los caballos de cargar y a mis espaldas capotera y sobrenal". (Caminito de herradura. Cantautor: Jaime Castro y los Filipichines).

El camino que lleva al campesino a su finca, a esos hombres o personas del camino, como suele llamar don Alirio a los que van y vienen sin importar la soledad, el cansancio o las inclemencias del invierno y el verano.

### 9
### El cuadro de una mujer campesina

Así es como pasa la vida una mujer campesina: entre trastos, alimentos, alegrías, tristezas, la siembra, la cosecha... en medio de la calma que prometen los espacios campesinos. La mujer, impronta de un cuadro cotidiano en el que se describe

y reescribe a sí misma en los signos, las escrituras, los pliegues y repliegues de su mundo, su finca, su pequeña patria cultural.

**10**

**...y los días pasan junto a la tibieza de la hornilla**

Es allí, bajo el ambiente tibio de la cocina donde converge la comunicación familiar. Donde los hombres cuentan a sus mujeres los acontecimientos de su jornada, las impresiones que sus cultivos le han trasmitido. La cocina es también un pequeño microcosmos donde se originan suministros orgánicos que dinamizan la vida en sus agroecosistemas.

**11**

**Revolcando la vida**

La transición agroecológica implica una profunda reconversión mental que permita desaprender los protocolos instituidos por la episteme moderna en clave de revolución verde, para reaprender esas prácticas tradicionales que sobreponen la vida por encima de los artificios del mercado y la industrialización de la naturaleza. La Agroecología, como estilo de vida, se hace presente en pequeños espacios donde el campesino revuelca las elaboraciones orgánicas que un día se convertirán en alimento.

**12**

**Racimo y pala, mancha y plátano**

La imagen muestra un modo de ser campesino representado en la cosecha y la herramienta. El racimo tiene improntas de sudor, esfuerzo, anhelos, saberes; la herramienta es un verbo que se conjuga con el ser, el hacer y el conocer campesino.

## 13
## Contando las hojas enfermas

Este hombre soltó un respiro corto antes de contar las hojas enfermas de sus matas de café. «¿Será el clima, el suelo?» —se preguntó luego de un breve silencio—. «Se mueren y uno nada puede hacer. Estas cosas no pasaban antes». Dijo negando con la cabeza. Su voz tenía un ligero matiz de reclamo. Estas cosas no pasaban antes, cuando sus padres poetizaban la tierra con entramados de café, plátano y otras hierbas, lejos del lenguaje técnico gremial...

# Bibliografía


Alimonda, H. (2012). *Una introducción a la ecología política latinoamericana*. En Grosfoguel, R. & Almanza, R. (Ed.), Lugares descoloniales. Espacios de intervención en las Américas. Bogotá, D.C.: Sello Editorial Pontificia Universidad Javeriana.

Alcaldía Municipal de Ibagué. (2016-2019). Plan de Desarrollo Municipal «por Ibagué con todo el corazón» 2016-2019. Ibagué, Tolima.

Ángel, A., (2001), *El retorno de ícaro. La razón de la vida*, Cali, Colombia: Corporación Autónoma de Occidente.

Arbus, D. (2009). Un secreto que no se quiere conocer. España: La mirada fotográfica. Recuperado de https://lamiradafotografica.es/tag/diane-arbus/

Bachelard, G., (1960), *La poética de la ensoñación*, México: Fondo de Cultura Económica

Bagno, M. (2013). OBA, vamos estudiar gramática! Brasil. Recuperado de: http://e-proinfo.mec.gov.br/eproinfo/blog/preconceito/oba-vamos-estudar-gramatica.html

Bauman, Z., (1999), *En busca de la política*, Argenina: Fondo de Cultura Económica.

Baumant, Z., (2003), *Amor líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*, México D.F, Mexico: Fondo de Cultura Económica.

Bidaseca, K., (2010), *Perturbando el texto colonial. Los estudios (pos) coloniales en América Latina. Serie Estudios Poscoloniales. Paradigma indicial*, Motevideo, Argentina: Editorial SB.

Boff, L., (2012), *El cuidado necesario. Colección estructuras y procesos. Serie Religión,* Madrid, España: Editorial Trotta.

Calabresse, O., (1994), *La era neobarroca*, Madrid, España: Cátedra.

Capra, F., (2002), *Las conexiones ocultas. Implicaciones sociales, medioambientales, económicas y biológicas de una nueva visión del mundo,* Barcelona, España: Anagrama. Colección Argumentos.

Casanova, L., Martínez, J., López, S. & López, G. (2016). De Von Bertalanfy a Luhmann: Deconstrucción del concepto «agroecosistema» a través de las generaciones sistémicas. Revista MAD, Revista del Magister en Análisis Sistémico Aplicado a la Sociedad. (35), p 60-74.

Castro, S., (2011), *Crítica de la razón Latinoamericana*, Bogotá, D.C., Colombia: Segunda edición ampliada. Editorial Pontificia Universidad Javeriana. Instituto Pensar, COLCIENCIAS.

Colomer, E., (1995), *El pensamiento alemán de Kant a Heidegger*, Barcelona, España: Herder.

Corporación Autónoma Regional del Tolima. (2009). Agenda Ambiental del Municipio del Líbano. Documento Técnico. Ibagué.

Corporación Autónoma Regional del Tolima. (2007), Caracterización Física, Ambiental y Socioeconómica del Municipio del Líbano. Ibagué, Tolima.

Díaz, J. (2004). Pluralidad de mundos culturales y relativismo en la fenomenología de Aron Gurwitsch. Δαι´μων. Revista de Filosofía, (32), p.175-182.

Dorra, R. ( Julio – Diciembre de 2009). ¿Qué es, entonces, lo sagrado?. Tópicos del Seminario, (22), p. 15-51.

Edey, M., & Johanson, D., (1990). *La cuestión esencial. Preguntas y respuestas sobre la evolución*, Barcelona, España: Editorial

Planeta. Escobar, A., (2015), *Sentipensar con la tierra. Nuevas lecturas sobre desarrollo, territorio y diferencia*, Medellín, Colombia: Ediciones UNAULA. Colección Pensamiento Vivo.

Escobar, A., (2016), *Autonomía y diseño: la realización de lo comunal*, Popayán, Colombia: Sello Editorial Universidad del Cauca.

Foucault, M., (2000), *Defender la sociedad. Curso en el College de France (1975-1976)*, México: Fondo de Cultura Económica.

Funtowicz, S. & Ravetz, J., (2000), *La ciencia posnormal. Ciencia con la gente*, España: Icaria Antrazyt. Ecología. Primera edición.

Giglia, A., (2012), *El habitar y la cultura. Perspectivas teóricas y de intervención*, México, D.F., México: Universidad Autónoma Metropolitana. UNIDAD IZTAPALAPA División de Ciencias Sociales y Humanidades. Editorial siglo veintiuno.

Giraldo, G. (2004). La sociedad riesgo y sus tránsitos. Revista de Ciencias Humanas. UTP, (33), p. 23-35. Manizales, Colombia.

Giraldo, O. (22 de julio de 2013). Hacia una ontología de la agri-cultura en perspectiva del pensamiento ambiental. Polis. Revista Latinoamericana. Recuperado de http://polis.revues.org/8773

Giraldo, O. & Rosset, P. ( Junio de 2016). La Agroecología en una encrucijada: entre la institucionalidad y los movimientos sociales. Revista Guaju. Revista brasileira de desenvolvimiento territorial sustentable. 2(1), p. 14-37.

Gobernación del Tolima. (2016-2019). Plan Departamental de Desarrollo del Tolima «soluciones que transforman». Ibagué, Tolima.

González, F., (2006), *En busca de caminos para la comprensión de la problemática ambiental (La escisión moderna entre cultura y naturaleza). Ambiente y desarrollo. Ensayos V*. Bogotá, D.C.: Colombia: Instituto de Estudios Ambientales para el Desarrollo IDEADE. Facultad de Estudios Ambientales y Rurales. Pontificia Universidad Javeriana.

Habermas, J., Baudrillard, J., Said, E., Jameson, F, Crimp, D., Frampton, K, Krauss, R., Owens, C., & Ulmer, G., (1985), *La posmodernidad*, Barcelona, España: Editorial Kairos.

Heidegger, M. (1951). Construir, habitar, pensar. Recuperado de http://www.farq.edu.uy/estetica-diseno-ii/files/2013/05/Heidegger-Construir-Habitar-Pensar1.pdf

Heidegger, M. (Sin Fecha). "...Poéticamente Habita El Hombre...". Conferencias y artículos. Mercaba. Recuperado de

Hernández, S. (2010). Jaime Sabines y lo poético de las cosas. Revista Casa del Tiempo. 3(26-27) p. 50-55.

Leff, E. (2001). Espacio, Lugar y Tiempo. Revista Nueva Sociedad, (175), p. 28-42.

Leff, E., (2006), *Aventuras de la Epistemología Ambiental: de la articulación de las ciencias al diálogo de saberes*, México: Siglo XXI Editores.

Leff, E. (2010). Imaginarios sociales y sustentabilidad. Revista Cultura y Representaciones Sociales. Un espacio para el diálogo transdisciplinario, 5(9), p. 42-121.

León, S.T. (2012). Agroecología: la ciencia de los agroecosistemas –la perspectiva ambiental. Universidad Nacional de Colombia – Instituto de Estudios Ambientales. 261. P. (en prensa).

León, T. (2009). Agroecología: desafíos de una ciencia ambiental en construcción. Revista Agroecología. 4, p. 7-17.

Lovelock, J., (2006), *La venganza de la tierra. Por qué la tierra está rebelándose y cómo podemos todavía salvar a la humanidad,* Chile: Editorial Planeta Chilena S.A.

Maeterlinck, M., (2007), *La inteligencia de las flores*, Colombia: Segunda Edición. Asociación Lengua Franca. Bolsillo de duende. Taller Edición ROCCA.

Martínez, A., (2015), *Descolonizar el ambiente. Saberes y políticas para otro Ibagué*, Ibagué, Colombia: Sello Editorial Universidad del Tolima.

Martínez, M., (2000), *La investigación cualitativa etnográfica en educación. Manual Teórico-Práctico*, Bogotá, Colombia: Círculo de Lectura Alternativa.

Maturana, H. & Varela, F., (1984), *El árbol del conocimiento*, Santiago de Chile: Editorial Universitaria.

Mc Cullin, F. (2013). La fotografía no puede cambiar la realidad pero sí puede mostrarla. El documentalista audiovisual. España. Recuperado de https://eldocumentalistaudiovisual.com/2013/01/29/la-fotografia-no-puede-cambiar-la-realidad-pero-si-puede-mostrarla-fred-mc-cullin/

Mignolo, W. (2002). Las geopolíticas del conocimiento y colonialidad del poder. Entrevista a Walter Mignolo, por Catherine Walsh. En: Catherine Walsh, Freya Schiwy y Santiago Castro Gómez (eds), Indisciplinar las ciencias sociales. Geopolíticas del conocimiento y colonialidad del poder. Perspectivas de lo Andino. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar – Ediciones Abya-Yala.

Nieto, L., Valencia, F. & Giraldo, R. (Enero – junio de 2013). Bases pluriepistemológicas de los estudios en Agroecología. Revista Entramado. 9(1), p. 204-211.

Noguera, A. & Pineda, J. (2009). Filosofía ambiental y fenomenología: el paso del sujeto –objeto a la trama de vida en clave de la pregunta por el habitar poético contemporáneo. Actas del IV Coloquio Latinoamericano de Fenomenología. Círculo Latinoamericano de Fenomenología. Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú; Morelia (México), Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo. (3). p. 261-277.

Noguera, A., (2004), *El reencantamiento del mundo*, México, D.F., México: PNUMA-Universidad Nacional de Colombia.

Norgaard, R. & Sikor, T. (1999). Metodología y práctica de la Agroecología. En: Agroecología. Bases científicas para una agricultura sustentable. Editorial Nordan comunidad. Montevideo, Uruguay. Altieri

Ospina, W. (25 de enero de 2014). Kafka y los cabarets de Berlín (1). El Espectador. Recuperado de

Ospina, W. (25 de enero de 2014). Kafka y los cabarets de Berlín (2). El Espectador. Recuperado de

Ospina, W. (16 de agosto de 2014). Romper una piedra. El Espec-

tador. Recuperado de

Packer, M., (2013), *La ciencia de la investigación cualitativa*, Bogotá, Colombia: Universidad de los Andes. Facultad de Ciencias Sociales. Departamento de Psicología.

Pardo, J., (1991), *Sobre los espacios pintar, escribir, pensar*, Barcelona, España: Ediciones del Serbal.

Quintero, M., (2011), *El habitar poético. Una aproximación al "Genius Loci" de la arquitectura contemporánea*, Manizales, Colombia: Universidad Nacional de Colombia.

Restrepo, E. (2004). Hacia una etnografía del cultivo de la palma africana en Tumaco. Universitas Humanística [en linea] 2004. XXXI ( ): [Fecha de consulta: 23 de octubre de 2015]. Disponible en:**<http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=79105806>** ISSN 0120-4807

Rivera, C., (2014), *Por los bordes del conocimiento. El encuentro de saberes en el escenario agroecológico*, Santiago de Cali, Colombia: Universidad Autónoma de Occidente.

Rojas, P. (2007). EL PAPEL DE LA EDUCACIÓN NO FORMAL EN EL DESARROLLO RURAL: ANALISIS DE LA INCIDENCIA DEL PROGRAMA DE MULTIPLICADORAS DE SALUD Y BIENESTAR RURAL, EN LA COMUNIDAD BENEFICIADA DEL MUNICIPIO DE LÍBANO, TOLIMA. Trabajo de Grado como requisito parcial para optar al título Magíster en Desarrollo Rural. PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA. FACULTAD DE ESTUDIOS AMBIENTALES Y RURALES. MAESTRÍA EN DESARROLLO RURAL BOGOTÁ. D.C

Sabato, E., (2012), *La resistencia*, . Planeta de libros. Austral Editorial. Seix Barral.

Sauvé, L. (1999). La Educación Ambiental ente la Modernidad y la Posmodernidad. Tópicos en Educación Ambiental. 1 (2), 7-25.

Sevilla, E., (2007), *De la sociología rural a la Agroecología. Perspectivas agroecológicas. Junta de Andalucía. Consejería de Agricultura y Pesca*, Barcelona, España: Icaria Editorial.

Shiva, V., (2007), *Los monocultivos de la mente*, Monterrey, . Editorial Fineo,.

Speranza, A., (2006), *Ecología profunda y autorrealización*, Buenos Aires, Argentina: Editorial Biblos.

Suárez, Z. (2015). RECONFIGURACIÓN DEL TERRITORIO RURAL DE COELLO CÓCORA INFLUENCIADO POR EL PROYECTO MINERO LA COLOSA DE 2001- 2013. Trabajo de Grado para Optar el Título de Magíster en Desarrollo Rural. PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA, FACULTAD DE ESTUDIOS AMBIENTALES Y RURALES, MAESTRIA EN DESARROLLO RURAL. BOGOTA D.C.

Toledo, V., (1989), *Naturaleza, Producción y Cultura. Ensayos de Ecología Política*, México: Universidad Veracruzana.

# Anexo 1. Ubicación y localización geográfica de los territorios recorridos durante la investigación

**1. Departamento del Tolima**

El departamento del Tolima está situado en el centro del país, localizado entre los **02º52'59''** y **05º19'59''** latitud norte y los **74º24'18''** y **76º06'23''** longitud oeste. Tiene una superficie de 23.582 km2, equivalente al 2.1 % del territorio nacional. Limita por el Norte con el departamento de Caldas, por el Este con el departamento Cundinamarca, por el Sur con los departamentos de Huila y Cauca y por el Oeste con los departamentos de Quindío, Risaralda y Valle del Cauca. De acuerdo a los registros del Departamento Nacional de Estadística (DANE), actualmente tiene una población total de 1.816.053 habitantes, cuya densidad es de 55,81hab/km$^2$ (Gobernación del Tolima, 2016-2019).

El Tolima cuenta con cuatro áreas climáticas así: una semihúmeda localizada en la parte alta de la cordillera central y oriental, con precipitaciones superiores a los 2.000 mm anuales; esta misma unidad se extiende longitudinalmente sobre ambos piedemontes. De este a suroeste se

distingue una pequeña área catalogada como ligeramente húmeda, con un rango de precipitaciones de 1500 a 2000 mm; esta misma unidad se extiende longitudinalmente sobre ambos piedemontes. Sobre el valle del río Magdalena se tipifica un sector subhúmedo, con precipitaciones entre 1000 y 15000mm y temperaturas medias anuales superiores a los 24 °C. El Tolima tiene 47 municipios, 58 corregimientos, 43 inspecciones de policía, 2000 veredas, numerosos caseríos y sitios poblados (Gobernación del Tolima, 2016-2019).

### *1.1 Ibagué*

La ciudad de Ibagué, capital del departamento del Tolima, se localiza en el centro del país, cuenta con un área total de 1.439 kilómetros cuadrados , de los cuales el 2,41%, pertenece al área urbana y 97,59% al área rural. El área urbana está dividida en 13 comunas y 445 barrios, el área rural está integrada por 19 centros poblados en 17 corregimientos y 140 veredas. La población actual es de 553.524 habitantes, de los cuales el 94,50% constituyen la población urbana, y el 5,50% la población rural. Específicamente, Ibagué se encuentra ubicada en el centro-occidente de Colombia, sobre la Cordillera Central de los Andes entre el Cañón del Combeima y el Valle del Magdalena, en cercanías del Nevado del Tolima. Hace parte del Parque Nacional Natural Los Nevados, donde nacen las principales fuentes hídricas que abastecen no solamente a la población urbana, así como a los distritos de riego. Cuenta con dos cuencas mayores: Totare y Coello, dentro de esta última se encuentran las cuencas de los ríos Combeima y Cócora (Alcaldía Municipal de Ibagué, 2016-2019).

*1.1.1 Corregimiento de Coello Cócora*

El Corregimiento de Coello Cócora está ubicado en la cuenca mayor del río Coello en el flanco oriental de la cordillera central. Abarca una extensión de 5759.409 hectáreas su ubicación geográfica lo limita por el norte con el corregimiento No 9 Cay, por el occidente con los corregimientos No 5 Tapias y No 2 Laureles, por el oriente con los corregimientos No. 4 Gamboa y No. 17 La Florida, al sur con el municipio de Rovira y el corregimiento No. 15 Carmen de Bulira. (Cortolima, 2000, p.17). En su división administrativa está conformado por trece veredas: San Simón, Morrochusco, Coello-Cócora, La Loma, Santa Ana, Santa Bárbara, Honduras, San Cristóbal Parte Baja, San Cristóbal Parte Alta, La Linda, La Cima, San Isidro, Cataima (Suárez, 2015, pág. 60).

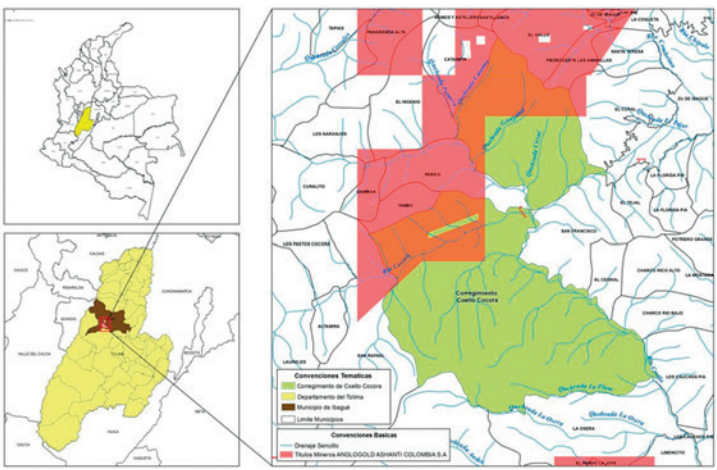


*Figura 23.* Ubicación geográfica departamento del Tolima, municipio de Ibagué, corregimiento Coello-Cócora**.** Adaptado de Suárez (2015 pág. 61)

### *1.2 Municipio del Líbano*

El municipio de Líbano se encuentra localizado al noroccidente del departamento del Tolima, a una distancia de 120 kilometros de la ciudad de Ibagué, sobre la cordillera Central. Su cabecera se localiza sobre los 4° 55' de latitud norte y los 75° 04' de longitud oeste. Limita al norte con los municipios de Villahermosa y Armero-Guayabal, al oriente con el municipio de Lérida, al occidente con el municipio de Murillo y al sur con los municipios de Santa Isabel y Venadillo (Cortolima, 2009).

El Líbano tiene una superficie total de 29.615,56 hectáreas de los cuales 272,38 corresponden a superficie urbana y 29.343,18 a la zona rural. Cuenta con zonas de vida que van desde los 600 metros sobre el nivel del mar hasta superar los 2.900 La red hídrica está conformada por los ríos Recio, Lagunilla, Bledo, La Honda, Las Peñas, La Yuca y San Juan. La temperatura oscila entre 13,5 y 25 grados centígrados, y las precipitaciones promedio anuales varían de 515,9 a 3247 milimetros. La humedad relativa fluctúa entre 80% y 100%. De acuerdo a los registros del DANE, la población es de 42.269 habitantes, de los cuales 16.081 corresponden a la zona urbana y 26.188 a la zona rural (Cortolima, 2009).

El municipio de Líbano está conformado, además de su cabecera municipal, por cuatro corregimientos: Santa Teresa, San Fernando, Convenio y Tierradentro, dispone de dos centros rurales de aceptable jerarquía poblacional como son Campoalegre y San Jorge los cuales dado el tamaño y dispersión poblacional, no se les considera así; cada corregimiento está constituido por veredas. En total son 83 veredas (Rojas, 2007, pág. 68). La principal actividad económica rural es el cultivo del café. Sin embargo, dadas las condiciones climáticas del municipio, la producción agrícola es variada. En

cuanto a la actividad pecuaria se destaca ganadería bovina, la porcicultura, avicultura y piscicultura (Cortolima, 2009).

*1.2.1 Corregimiento el Convenio*

El corregimiento El Convenio se encuentra ubicado a 8km de la cabecera del municipio de Líbano, aproximadamente[17]. El centro poblado del corregimiento se localiza en los 4°56'59.261" latitud Norte, y 74°59'42.237". Tiene una extensión de 7632,2 hectáreas en las que se distribuyen las veredas Convenio, Buenavista, Coralito, Delicias del Convenio, El Sirpe, El Aguador, El Castillo, El Descanso, El Horizonte, El Mirador, El Toche, La Elvecia, La Alcancía, Las Américas, Lutecia, Matefique, Pantanillo, Patio Bonito, Pomarroso, Sabaneta, San Vicente, Santa Bárbara, Tiestos, Tarapacá y El Silencio. Cuenta con una población de 5.490 habitantes. El corregimiento cuenta con áreas de bosque natural de latifoliadas, bosque plantado de coníferas, vegetación arbórea arbustiva, vegetación de rodales de guadua, vegetación arbustiva herbácea, cafetales tecnificados, café tradicional y cultivos de pancoger, caña panelera y cultivos pancoger, pastos manejados, pastos naturales, pastos naturales enmalezados, cultivos semestrales misceláneos (Cortolima, 2007).

17 Datos calculados con google maps

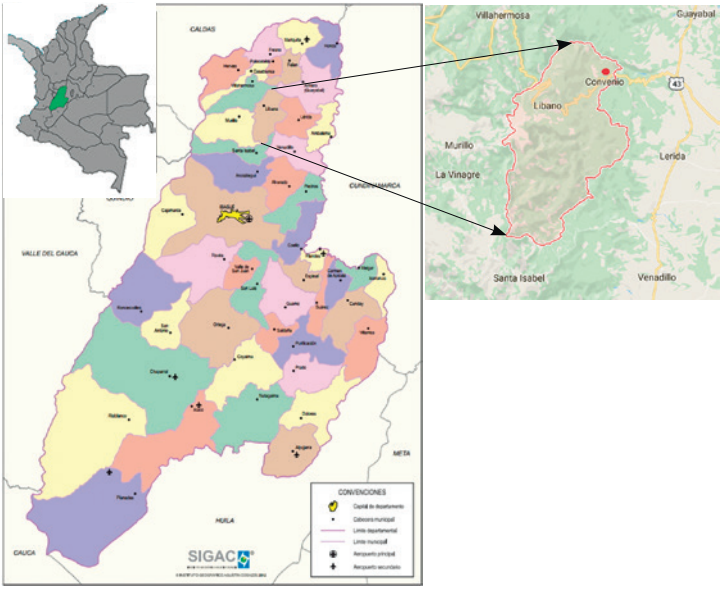


*Figura 24.* Mapa ubicación geográfica departamento del Tolima, municipio de Líbano, corregimiento El Convenio. Adaptado de SIGAP (Sin fecha)